EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS

SU NOCHE DE BODAS

IMPERIO ARGENTINA

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 254 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO CORREOS 707

SU NOCHE DE BODAS

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los grandes y eminentes artistas españoles cinematográficos

IMPERIO ARGENTINA
y PEPE ROMEU

NARRACIÓN LITERARIA DE
MANUEL NIETO CALÁN

PRODUCCIÓN SONORA DE LA INVICTA MARCA

PARAMOUNT FILMS

HABLADA EN ESPAÑOL

Paseo de Gracia, 91 - BARCELONA

PRINCIPALES INTÉRPRETES

Giselle	IMPERIO ARGENTINA
Claud Melle.	PEPE ROMERO
Adolphe	Miguel Ligero
Francis	Manuel Russell
Simone	Rosita Díaz Gimeno
Ivonne	Emilia Barrado
Lulú	Olga Valery

SU NOCHE DE BODAS

ARGUMENTO DE LA PELICULA

EN LA PLAZA DE LA OPERA

A las doce del día, la amplia Plaza de la Opera, en París, ofrecía un aspecto de animación extraordinaria. Los policías se esforzaban en facilitar el paso de peatones y coches, poniendo a contribución todo su ingenio para conseguir que la circulación no se detuviese. Tranvías, autos, motocicletas, etc., formaban una continua caravana, produciendo un ruido estrepitoso. De cuando en cuando, una inmensa muchedumbre, como arrojada del centro de la tierra, invadía por unos minutos un trozo de la plaza y antes de echar a andar quedaban detenidos unos instantes, como orientándose hacia el camino que habían de seguir. Era que algún tren del metro había llegado y lanzaba por la boca de las estaciones un sin número de viajeros.

Entre todo aquel tumulto, entre aquella algarabía de ir y venir, el guardia, sin perder su serenidad, como consciente de la alta misión que tenía a su cargo, seguía extendiendo su brazo de un lado a otro, ordenando a unos que se detuvieran, y dejando libre el paso a otros.

Sorteando toda clase de vehículos, eludiendo los encontronazos con los viandantes y las miradas y sonrisas significativas de los hombres, una muchacha, de unos diez y nueve años, cruzaba rápida por una de las aceras. Su andar rítmico, su cuerpo flexible que se ondulaba armoniosamente al andar, su rostro de primorosas facciones y su boquita entreabierta, como propicia para una sonrisa, llamaba la atención de cuantos hombres se cruzaban a su paso.

Ella se daba cuenta de este efecto que producía en los del sexo contrario, pero a juzgar por su marcha, se adivinaba que tenía prisa por llegar al lugar donde iba.

Cuando se encontró en la Plaza de la Opera, miró desorientada de un lado para otro, hasta que finalmente se acercó al guardia y le preguntó sonriendo:

—¿Podría usted decirme dónde está el Instituto de Belleza del doctor Pompadour?

El guardia se la quedó mirando, sin poder ocultar la impresión que le había causado la belleza de la joven, y ésta repitió impaciente la misma pregunta.

—¿Para qué quiere usted el Instituto de belleza, señorita?—preguntó el guardia, acariciándose el bigote.

—¡Porque lo necesito!—respondió ella.

—¿Que lo necesita usted?

—Sí, señor, lo necesito para mí.

—Usted, señorita—respondió el empleado municipal—, no necesita ningún Instituto de Belleza... le pasa lo que a mí.

La joven no pudo menos que echarse a reír de aquella salida, pero adoptando nuevamente un aire serio, le dijo:

—Bueno, ¿quiere usted decirme dónde está el Instituto de Belleza del doctor Pompadour?

Toda esta escena la estaba presenciando un joven bien vestido, de porte elegante y en el que se adivinaba a uno de esos señoritos de las capitales, cuya única misión consiste en situarse en los sitios por donde pasan las mujeres bonitas, para dedicarle a cada una alguna galantería y ver lo que se puede «pescar».

Al ver éste la insistencia de la joven pidiendo la dirección del Instituto de Belleza del doctor Pompadour, se acercó a ella y descubriéndose cortésmente le dijo:

—Señorita, el Instituto por que usted pregunta, está en esa calle que se ve desde aquí, a la izquierda.

—Muchas gracias, caballero—respondió la joven, haciendo ademán de dirigirse hacia donde le había indicado.

—¿Me permite usted que la compañe, para evitar cualquier equivocación?—preguntó él, viendo la ocasión para una conquista.

—Muchas gracias, no es necesario—contestó la muchacha.

—Bueno... pues entonces la acompañaré—terminó diciendo él.

Echó ella a andar, seguida de cerca de su espontáneo acompañante, que le iba diciendo, a medida que avanzaba:

—Le advierto a usted que le va a ser imposible dar con el Instituto. No tendrá más remedio que aceptar mi compañía. Lo hago solamente porque no puedo consentir que una mujer tan bonita como usted recorra las calles de París sin rumbo fijo...

Pero ella no respondía a ninguna de estas consideraciones y seguía andando hacia el lugar que le había indicado. Por fin, su acompañante pareció desaparecer y al volver la esquina izquierda, como le había dicho, se encontró de pronto con su improvisado admirador, que fingiendo cierta distracción tapaba con su sombrero la inscripción que había en una placa colocada a la puerta de un edificio.

La muchacha comprendió en seguida que aquel era el Instituto de Belleza del doctor Pompadour, aun cuando el sombrero del otro ocultase la inscripción.

—¿Pero otra vez está usted aquí?—preguntó ella sorprendida.

—Yo soy como Dios—respondió—. Estoy en todas partes.

La joven sacó el pañuelo de su bolso e hizo como que se le caía al suelo. En un gesto de galantería se apresu-

ró él a recogerlo, y, gracias a aquel ardid, pudo ella leer el nombre del Instituto.

—¿Ve usted cómo no me he perdido?—exclamó sonriendo la muchacha.

Se dió cuenta su acompañante de que el ingenio femenino había podido más que el suyo, y dándose por vencido le dijo:

—Bueno... ¿quiere usted que lo espere?

—De ningún modo. Lo único que quiero es que se vaya. Además, voy a estar mucho tiempo dentro, y se cansaría... Váyase.

—Está bien—exclamó él—; la esperaré.

Y siguiendo con la mirada el grácil cuerpecito de aquella criatura angelical, la vió entrar en el Instituto, en aquel establecimiento, donde su dueño había tenido la mala ocurrencia de no permitir la entrada a los hombres.

Mas es preciso, antes de seguir adelante hacer un pequeño bosquejo de la personalidad de nuestros personajes.

Sabemos que ella era una criatura encantadora, una mujercita capaz de volver loco al hombre más apacible. Su sonrisa perenne, sus ojos bellos de color africano y su mirada acariciadora, hacían de ella la encarnación de la mujer soñada por la más loca quimera de un sueño de poeta. Tenía 19 años, se llamaba Giselle y su belleza y su talento artístico, así como sus grandes fa-

cultades de cantante y bailarina, le habían logrado un puesto preeminente entre el elenco artístico de una gran manufactura cinematográfica. Era en aquellos días la «estrella» de moda, la actriz mimada por todos los públicos y a cuyo alrededor mariposeaban la casi totalidad de los jóvenes aristocráticos. Sin embargo, Giselle tenía del amor un concepto muy distinto. Creía, y estaba segura de ello, de que el amor necesitaba algo de romanticismo, algo de ideal y que desde el momento que carecía de todo eso se convertía en un sentimiento detestable y por completo opuesto a su sensibilidad exquisita de mujer que conserva todavía el sueño rosado de su primera primavera de la vida.

El se llamaba Francis, así le llamaban sus amistades y a este nombre respondía, sin pensar en otra cosa. Hijo de buena familia, cuya decadencia había llegado a un límite bastante alarmante, Francis hacía una vida por completo ociosa. Se reunía con sus amigos, todos ellos de igual carácter bohemio que él, y entre ellos figuraban los principales nombres de las letras, la música y la pintura.

Francis era lo que se dice un buen muchacho, cuyo trato atraía inmediatamente la simpatía de cuantos le conocían. Solamente tenía un defecto, o, mejor dicho, dos defectos: el uno, el de su ociosidad y el otro, el tener un corazón en continua erupción.

Aquello era para él una especie de enfermedad: veía una mujer bonita y ya no podía contenerse, los pies se le iban materialmente detrás de ella.

Salvo estos dos inconvenientes y el de no tener un maldito franco, Francis era un muchacho recomendable a cualquier muchacha casadera.

Y una vez presentados a los dos jóvenes, seguiremos nuestra narración.

EN EL INSTITUTO DE BELLEZA

Nos encontramos en una sala del Instituto de Belleza del doctor Pompadour, donde las masajistas tienen a su cargo los cuerpos de las clientes, procurando disminuir en unas la obesidad y en otra mantener la línea estética de su cuerpo.

Giselle fué conducida a una sala aparte y pronto quedó en las manos de la mujer que había de darle el masaje, que al ver su cuerpo desnudo exclamó admirada:

—¡Tiene usted un cuerpo magnífico, señorita!

Giselle sonrió satisfecha ante la exclamación de la enfermera y ésta siguió diciéndole:

—Hace usted bien en tomar estas sesiones de masaje y conservarlo.

—Estoy decidida a ello—respondió la joven.

—Giselle—exclamó una voz detrás del biombo que la separaba de la que llamaba—. ¿Eres tú, Giselle?

—La misma—respondió ésta—. ¿Y tú, eres Simone?

—Claro. Te he conocido en la voz. Y dirigiéndose a otra señora que también recibía masaje, le dijo:

—Mamá, está aquí Giselle.

—Ah, ¿pero estás con tu madre?—preguntó ésta.

—Sí, querida—respondió la madre de Simone—. He venido a ver si adelgazo algo. Me estoy poniendo horriblemente gruesa y temo perder la línea.

—Qué sería una verdadera lástima—respondió Giselle—. Usted es muy joven todavía para dejarse engordar.

—¡Qué simpática.... ¡Pero que simpática me ha sido usted siempre!—exclamó la madre de Simone—. ¿Has oído, hija mía?... Dice que todavía soy muy joven...

—Quite usted estos biombos—ordenó Giselle a la enfermera, para poder hablar mejor con sus amigas. Una vez desaparecido este impedimento las tres mujeres quedaron al descubierto y la madre de Simone le dijo a la «estrella»:

—¿Sabe usted que se nos casa?

—¿Quién, Simone?—preguntó extrañada Giselle—. ¿Y con quién?

—Con un muchacho simpatiquísimo—respondió la aludida—. Ya te lo presentaré a nuestra vuelta de Kalavask, si es que él no se decide a venir.

—¡Qué va a ir, mujer!—exclamó malhumorada la madre—. ¿Crees tú que un viaje se hace así como así?

—¿Tanto trabajo tiene tu novio, que no puede acompañarte?—preguntó Giselle.

—¿Trabajo?—exclamó la madre—. Si ese individuo no ha dado un golpe en toda su vida. ¡A mí me pone frenética!... ¡No le puedo aguantar!

—Di más bien que le tienes manía, mamá—replicó incomodada Simone.

—Lo que tengo es rabia de ver cómo malgastas tu juventud con ese mequetrefe y desaprovechas los buenos partidos que se te presentan.

Giselle comprendió que la madre y la hija no opinaban muy acordes respecto a aquel particular y quiso dar fin a la discusión, preguntándole a la madre de su amiga:

—¿Ha adelgazado usted mucho, señora?

—Poca cosa, muy poca, total 120 gramos... casi no se me conoce.

—Pero la señora seguirá adelgazando, si no se descuida—le dijo la enfermera.

—Entonces no tiene usted que perder la esperanza, amiga mía—volvió a decirle la «estrella».

Ahora tendré que dejarlo, con esto de la marcha a Kalavask... Nosotras salimos mañana... ¿y usted?

—Yo he recibido orden de salir esta misma tarde. Así es que cuando salga de aquí no tendré tiempo más que para comer en el hotel y marcharme.

Las mujeres siguieron hablando de aquel próximo viaje, de la película que habían de impresionar, en la que las dos jóvenes actuaban como primeras figuras y los inconvenientes que presentaban estos viajes tan inopinados, mientras que en la puerta del Instituto, con una paciencia que hubiera envidiado el mismo Job, Francis esperaba la salida de Giselle, decidido a acompañarla hasta el fin del mundo, si es que ella se proponía hacer este viaje.

Por fin, al cabo de más de dos horas de espera, apa-

reció Giselle y Francis se adelantó hacia ella, más antes de que pudiera decirle nada oyó una voz que lo llamaba, diciéndole:

—¡Francis!... ¿Cómo no me habías dicho que vendrías a esperarme?

El se quedó en estado marmóreo, al ver a Simone; mas, no obstante, sonrió fingidamente y respondió:

—Es que quería darte una sorpresa... ¿Verdad que has temido una sorpresa?

—Agradabilísima... ¿Y tú?

—Yo... bueno, yo no quiero decirte la sorpresa que he tenido—respondió irónicamente Francis.

Simone se adelantó a su amiga y le presentó al joven diciéndole:

—Te presento a mi novio.

—¿Ah, pero usted es el novio de Simone?—preguntó sonriendo Giselle.

—Ya lo ha oído usted—respondió él—. Soy... su novio.

Giselle se volvió a su amiga y mirando intencionadamente a Francis le dijo:

—Pues es verdad lo que me decías, es muy simpático y le recomiendo que tengas mucho ojo con él. Estos hombres tan simpáticos suelen ser a veces castigadores con las mujeres.

Cuantas cosas hubiera dicho Francis en aquel momento, pero la presencia de su novia ponía un punto en sus labios y hubo de contentarse con despedirse de ella y quedar al lado de Simone, que le preguntó:

—¿De verdad, todavía no estás decidido a acompañarnos?

—No lo sé, querida—le respondió su novio—. Depende de que mis asuntos estén resueltos. ¡No sabes el trabajo que tengo estos días! Esta misma mañana tenía un asunto en perspectiva y me ha fallado.

—Bah, no te importe—respondió la muchacha, sin poder comprender las palabras de su novio—. ¿Quién sabe si todavía puede arreglarse? Todo depende de la oportunidad.

Francis se la quedó mirando, temiendo de que Giselle pudiera haberle dicho algo, más en aquel momento la madre de Simone se acercó a ellos y exclamó:

—¿Ya diréis cuándo terminéis? ¡Me parece que el papelito que me habéis reservado no es muy agradable!

—¿Pero, está usted aquí, señora?—preguntó sonriente Francis.

—Creo que no soy tan poca cosa para que no me haya visto—contestó malhumorada.

—Es que no la había conocido, así, de pronto. Está usted muy delgada... ¿Ha estado enferma?

—No, no he estado enferma—se apresuró a contestar—. ¿Tan delgada me encuentra usted?

—En efecto. ¿Debe usted haber adelgazado mucho?

—Ciento veinte gramos.

—Lo que yo digo, una verdadera pluma... agilidad, línea, juventud...

—Qué simpático es este hombre, Dios mío—exclamó halagada la madre de Simone, mientras que ésta sonreía

disimuladamente al ver la picardía de su novio para congratularse con ella.

—¿Quiere usted que las acompañe?—volvió a decir Francis, dirigiéndose a su futura suegra, que le respondió:

—Ya lo creo. ¡Esa es la misión de un hombre que quiere a su novia!

—Pues entonces, vamos—terminó diciendo él.

Simone se enlazó al brazo de su novio y los tres se encaminaron hacia el domicilio de la muchacha.

Como habrán podido comprender los lectores, por la conversación sostenida en el Instituto, Simone era también artista de cine y era también lo que se dice una mujer bonita, en toda la extensión de la palabra. Joven, como su amiga, se había dejado engatusar por las palabras zalameras de Francis y había puesto en él todo su amor. Fué inútil que su madre pretendiera en los primeros momentos hacerla desistir de aquellas relaciones. Simone amaba a Francis, y por nadie ni por nada del mundo lo hubiera dejado.

Francis, por otro lado, no dejaba de sentir por su novia un profundo afecto, afecto que él no se había detenido todavía en analizar, para saber si era amor o si era solamente una sincera amistad. Lo único que él sabía era que Simone le gustaba; le gustaba como no le había gustado todavía ninguna otra mujer... hasta que conoció a Graciela... «¡Qué mujer!», se decía interiormente, y mentalmente también comparaba a su novia

con la otra, sin que Simone saliera, no obstante, muy perjudicada en la comparación.

Mas, para un corazón tan inflamable como el suyo, bastaba otra mujer bonita para que instantáneamente le hiciera olvidar a su novia. Sin embargo, hasta aquel día aquel olvido había durado siempre únicamente el tiempo de estar al lado de la nueva conquista, pero pasado este momento el recuerdo de Simone volvía otra vez a él. Ahora no era así; Giselle, aún en su ausencia, tenía fuerza suficiente para recordarle su belleza, su sonrisa deliciosa, su boquita chiquita como la de una muñeca de bazar, en cuyos labios hubiera bebido Francis, hasta la saciedad, si saciado podía quedar un hombre, del néctar embriagador de sus besos.

UN MUSICO CELEBRE

Cuando dejó a su novia se dirigió hacia el hotel donde paraba su íntimo amigo Claud Malle, un célebre músico, cuyas canciones eran la nota sobresaliente de aquellos días. Sus composiciones, admirablemente logradas, tenían un sello especial. Parecía que su autor las había concebido exclusivamente para la mujer. Todas ellas llevaban impreso un sello de dulce sentimentalismo, una cadencia amorosa, que al ser ejecutadas sonaban en los oídos femeninos como el chasquido suave y acariciador de un puñado de perlas.

Su nombre figuraba en los primeros teatros parisinos y el número de admiradoras podía contarse por el total de muchachas que existían en la capital de la república. Indudablemente no había una sola mujer que no conociese el nombre de Claud Malle, ni que desconociese sus creaciones. Su retrato había sido explotado por los vendedores de postales como uno de los mayores negocios y sus editores acudían a él solicitando siempre nuevas canciones.

Para las que no lo conocían personalmente, la figura de Claud Malle resultaba ser algo sobrenatural, y dejando libre la fantasía, lo imaginaban joven, apuesto,

seductor, simpático y atractivo como ningún otro hombre. Además, se contaban de él mil aventuras amorosas, y esto le daba cierta aureola de Don Juan, que lo hacía todavía más irresistible.

Y no andaban muy descaminadas las lindas francesitas. Claud Malle era, en efecto, joven, apuesto, poseído por una alegría y un optimismo franco, nacido en mayor parte de la suerte que le abría sus brazos adormeciéndolo en un sueño de inconsciencia. Tenía, cómo no, muchas aventuras amorosas, de las que procuraba salir sin que en ellas hubiera intervenido para nada su corazón, y rehuía de cualquier asunto sentimental con el mismo horror que el fuego repele al agua.

Sin más compañía que la de su música y sus canciones, Claud Malle vivía en uno de los mejores hoteles de París, donde tenía su salón de estudios y de donde salían todas aquellas canciones que lo habían erigido en un nuevo héroe.

El carácter francés tiene necesidad absoluta de tener siempre una persona a quien dedicarle su admiración, necesita imprescindiblemente un héroe, y a falta de los que la guerra creó, Claud Malle ocupó en el pensamiento de los parisinos el puesto que aquéllos habían dejado vacante.

Aquella tarde, Claud, completamente solo, trabajaba en el último cuplé que había compuesto y se recreaba amorosamente en el fruto de su trabajo, repitiendo, con su voz de tenor, cuidadosamente educada, la bella canción que había compuesto.

En ella, con una música deliciosa, Claud hacía hablar al corazón de un sér enamorado, que recordaba el día más feliz de su vida, «Su noche de bodas» y el bello recuerdo del amante iba expresándose en todos los momentos de dicha infinita, de sus besos, de sus caricias... Y su voz, al extenderse por el piso del hotel, atraía la curiosidad de todos, y todos se detenían a escucharlo, sin que él se diera cuenta de esta admiración.

En aquel momento Giselle entró al hotel para recoger el equipaje. Oyó también cantar a Claud, oyó la dulzura de aquella canción y su alma soñadora no pudo menos que ir repitiendo una a una todas aquellas frases del músico célebre.

—¿Quién es?—preguntó al criado.

—Es el señor Malle—respondió el sirviente.

—¿Claud Malle?—insistió Giselle.

—El mismo, señorita.

—¿Pero vive en este hotel?

—Mientras está en París, este hotel puede decirse que es su domicilio.

—Sin embargo, yo no le he visto nunca.

—No es extraño; el señor Malle come siempre en su departamento y apenas si sale de él durante el día. Trabaja mucho y hace más bien vida de noche.

—Un verdadero bohemio, ¿no?—preguntó Giselle, interesada por él.

—Un verdadero artista—respondió el criado.

—¿Y sus conquistas, también las trae a este hotel?—inquirió ella, intrigada.

—No, señorita—repuso el sirviente—. Aquí vive completamente solo, no recibe más que a sus amigos, exclusivamente a sus amigos...

Giselle sonrió y en su imaginación se formó también la figura del músico, de aquel hombre cuyo trato había de ser encantador, si su alma respondía a sus obras. ¡Cuánto amor debía albergar su corazón!... ¡Cuánto idealismo debería contener! Y pensando todo esto, Giselle sintió que sus mejillas adquirían un rojo más fuerte, como si la sangre se agolpara en ellas. Suspiró tristemente, como poseída del sentimentalismo de la canción que había oído, y sin darse cuenta siguió cantándola, mientras se dirigía a su cuarto.

Claud no había podido ver a su bella admiradora, que, de haberla visto, seguro que hubiera abandonado su trabajo para dedicarla sus frases más galantes; pero como no fué así, siguió trabajando, hasta que llamaron a la puerta. Sin levantarse del piano gritó:

—¡Adelante!

—¡Hola, Claud!—exclamó el recién llegado—. ¿Trabajando, eh?

—¡Hola, Francis! Ya me impacientaba por tu tardanza. Yo qué sé las horas que hace que no nos vemos.

—Pues dale las gracias a mi novia.

—¿A tu novia?... ¿Por qué?

—Porque si no hubiera sido por ella, a estas horas seguiría detrás de la mujer más bonita de París, de Francia, de Europa y del mundo entero.

Claud se echó a reir ante la fogosidad de su amigo, y respondió:

—Tú siempre tan exagerado y tan vehemente. No hay mujer que se cruce contigo, que no la consideres como la más bonita del mundo.

—Llevas razón—exclamó Francis—. ¡Pero si son tan ricas las hijas de mi vidita!

—Bueno, bueno—le interrumpió en su exclamación el músico—; cuéntame lo de esa muchacha.

Francis en pocas palabras le refirió el encuentro con Giselle, la aparición de su novia y su definitivo fracaso al saber que aquélla era amiga de ésta.

—Es decir, ¿que has perdido el tiempo lastimosamente?

—Por completo, chico... ¿Y tú, cómo andas de lios?

—No tengo ninguno, absolutamente ninguno. Quitando a Ivonne y a Lulú, estoy completamente libre.

—Y fresco—terminó diciendo Francis.

—No te entiendo—interrogó Claud.

—Digo que estás hecho un fresco. Juegas con las mujeres como si fueran una baraja de naipes.

—No lo creas, Francis. Se exagera más de lo que es.

—Sí, sí; pues ahora mismo, cuando yo subia, habia lo menos treinta muchachas ¡y qué muchachas!, que, enteradas de que te marchabas a Kalavask durante toda esta temporada de verano, querian que les firmases un retrato tuyo.

—¿Y dices que van a venir?—preguntó intranquilo Claud.

—Su propósito no era otro.

—Pues tienes que salvarme, Francis—exclamó Malle—. Yo no quiero recibir a esas muchachas... recíbelas tú por mí.

—Pero si no es a mí al que buscan, porque ya me habrían encontrado, sino a ti.

—Pues te haces pasar por mí. Dices que eres Claud Malle y todas te creerán. Además, se me ocurre una cosa. Te vienes conmigo a Kalavask y sigues haciéndote pasar por mí. Yo te doy mis tarjetas, mis documentos, todo, en fin, y cambiamos los papeles por unos días... Fíjate que el aceptar significa el tener durante unos días unas cuantas admiradoras.

—Por ellas hago yo todo lo que sea necesario—respondió Francis, aceptando la proposición de su amigo y el viaje.

Se encerró Claud en una habitación contigua, y Francis, como un nuevo Cid, se adelantó hacia la puerta para darles entrada a todas aquellas admiradoras.

Las hizo llegar hasta él, que lo rodearan, que lo mimasen, mientras él a su vez las abrazaba y exclamaba:

—¡Hijas de mi vidita, qué guapas sois!...

Francis se encontraba allí como el pez en el agua. Rodeado de todas aquellas admiradoras de su amigo se sentía satisfecho de hacerse pasar por él y procuraba halagar a todas.

Las muchachas le abrazaban sin cesar mientras que le pedían su autógrafo. Cada una quería ser la primera

y Francis, para tranquilizarlas y que no alborotasen, les iba diciendo:

—A todas les cederé mi firma y un besito en recompensa.

La recompensa era lo que más le agradaba a él, sobre todo si la premiada era de su gusto, cosa en lo que no era muy exigente el muchacho.

Desde la otra habitación, Claud observaba todo lo que pasaba y se reía de las ocurrencias de Francis, hasta que por fin quedó éste solo y volvió a salir para decirle:

—Bueno; ¿estás dispuesto a emprender el viaje conmigo?

—¿Cómo que si estoy dispuesto?—exclamó Francis. —¡Encantado, querido! El llevar tu personalidad es una cosa extraordinaria. Jamás me he visto en mi vida rodeado de tantas caras bonitas como hoy.

—Pues haz tu equipaje y ven deprisa, que el tren debe salir dentro de poco.

—¿Crees que tendré tiempo de ir a mi casa y volver?—preguntó inquieto Francis.

—Si tomas un taxi, sí. De lo contrario, te quedarás en París.

Aquella premura hizo dudar a Francis, hasta el punto que le dijo a su amigo:

—¿No he de ser desde ahora Claud Malle?

—Sí—le contestó éste—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque se me ha ocurrido una cosa. Puesto que

yo he de ser tú y tú has de ser yo, nada más justo que yo lleve tu ropa. Puedes prestarme algunos trajes y de esa forma no tengo que salir para nada... ¿Qué te parece mi idea?

—Como tuya, genial—respondió riendo Claud.

—Pues entonces manos a la obra. Vamos a hacer «nuestros» equipaje y en marcha.

Y mientras ellos preparaban todo lo necesario para el traslado, en una habitación próxima también Giselle hacía sus maletas para salir inmediatamente hacia la misma dirección de los dos amigos.

Por una rara coincidencia el destino iba a impulsarlos hacia una misma meta, sin que ninguno de ellos hubieran puesto nada de su parte.

Mientras iba encerrando sus ropas Giselle no podía apartar de su mente la bella canción que acababa de oir y pensaba en el desconocido músico, cuya popularidad tanta admiración había despertado en ella. Momentos tuvo de entrar en el cuarto de él, pretextando cualquier excusa, solamente por el deseo de conocerlo, pero este pensamiento pronto era disipado por la idea de que podía el otro darse cuenta de su curiosidad.

Por fin quedó todo dispuesto y segundos después de haber salido Claud y Francis, Giselle tomaba un auto en la puerta del hotel y se hacía conducir hasta la estación.

UN VIAJE ACCIDENTADO

Una estación, otra, otra... y el rápido seguía devorando kilómetros como un monstruo insaciable. En la frontera los policías requisaban los pasaportes, y a medida que avanzaba el tren iba advirtiéndose en los nuevos pasajeros que llegaban ese cambio tan brusco que se experimenta en los largos viajes.

En un departamento de primera, Giselle viajaba sola. Recostada sobre el respaldo del asiento dejaba divagar por países etéreos su imaginación, sin que su vista pudiese ver los bellos paisajes que ante ella iban desfilando.

Poco a poco su mente fué concentrándose en un solo pensamiento, que iba adquiriendo forma, precisándose cada vez más, hasta que surgió la figura idealizada de Claud Malle.

—¿Cómo será este hombre?—se preguntó a sí misma—. Debe ser un hombre ideal, diferente por completo de todos los demás. Fuí una tonta en no entrar a su cuarto en el hotel. Podía haber dado cualquier excusa, que disculpara mi curiosidad, y conocerlo, verlo de cerca, para convencerme de que es tal y como me lo imagino...

Sonrió ante aquel pensamiento y sus manos inconscientemente buscaron en el asiento un objeto. Lo encontró, era una guitarra, con la que solía distraer sus ratos de soledad en aquellos viajes a que se veía precisada por su profesión de artista, y sus dedos ágiles, con extraordinaria maestría, sintiendo toda su alma lo que tocaba, arrancaron de las cuerdas del instrumento las dulces notas de una canción, de la misma canción que había oído en el hotel y que tan impresa le había quedado.

En otro departamento viajaban Francis y su amigo, quienes, según lo que habían acordado en el hotel, habían cambiado, respectivamente, sus personalidades.

Habían pasado ya la frontera francesa, cuando apareció en el departamento ocupado por ellos una joven bastante bonita. Francis dió un salto, adivinando un viaje espléndido, y se acercó a ella, diciéndole:

—¿Usted dirá, señorita, en qué puedo serle útil?

—Venía buscando al señor Malle—respondió ella.

—Pues aquí lo tiene usted en cuerpo y alma, dispuesto a servirla en todo cuanto usted desee.

—¿Es usted?

—El mismo.

—Pues yo venía para hacerle una interviu. Soy corresponsal de un importante diario de Kalavask y desearía que me diese algunas notas para mi reportaje.

—No hay ningún inconveniente—respondió Francis.

La hizo sentar a su lado, mientras que el verdadero Malle lo miraba asombrado de su frescura, y le dijo:

—Empiece usted a preguntarme, que yo satisfaré toda su curiosidad.

La reporter comenzó su serie de preguntas y Francis comenzó también su serie de disparates, a cual más gordo, dejando no en muy buen lugar a su amigo.

—¿Trabaja usted mucho?—le preguntó ella.

—Muy poco. El trabajo me fastidia, me aniquila. Usted no se puede dar idea del esfuerzo que representa para mí hacer algo.

—¿Sintió usted siempre vocación por la música?

—Algunas veces me gusta, otras la detesto, sobre todo la música sentimental.

—¿Cómo, entonces, se ha dedicado usted a este género?

—Ni yo mismo lo sé. Han sido las circunstancias las que me han traído a esta situación.

—¿Nada más que las circunstancias?

—Las circunstancias y las mujeres.

—Entonces podrá usted decirme alguna de sus aventuras, de las que tanto se hablan.

—Ya lo creo. Verá usted...

Claud se creyó en el caso de intervenir y cortar aquella retahíla de disparates. Para ello no halló otra cosa mejor que cantar una de sus canciones, y Francis exclamó, dirigiéndose a la periodista:

—Este amigo mío no puede estar callado un momento. En cuanto ve a otra persona cree que el mejor medio de demostrarme su amistad es cantando algo de lo que yo escribo. Voy a ver si consigo callarlo.

Y para realizar su propósito no hizo otra cosa que cantar con Claud, formando de esta forma un dúo que dejó sorprendida a la muchacha, que se retiró después de agradecer a Francis las manifestaciones que le había hecho.

—Me vas a hacer el favor—exclamó Claud cuando quedaron solos—de no hacer más manifestaciones en mi nombre, ¿lo entiendes?

—Y tú me vas a hacer el obsequio de no echar a las muchachas que tengan a bien venir a verme... ¿lo has comprendido?

—¿Pero no comprendes que al que quería ver era a mí y no a ti?—siguió diciéndole Claud.

—Sí; pero como resulta que ahora tú no eres tú, ni yo soy yo, sino que yo soy tú y tú eres yo, pues he aquí que, aunque venía a verte a ti, no venía a verte, sino que venía a verme a mí, a quien tampoco venía a ver.

—Mira—respondió impaciente Claud—, déjate de jeroglíficos y de adivinanzas y escúchame bien lo que voy a decirte. No des mi nombre si no es para una cosa que yo te lo ordene. ¿Tú sabes lo que dirán mañana los lectores de ese periódico cuando lean todos los disparates que se te han ocurrido en unos minutos?

—¡Por mí, pueden decir lo que quieran! ¡Para lo que me importa la opinión de ellos!

—¡A ti no te importará, pero a mí sí! ¡Lo que dirán los editores cuando lo lean!

Dejaban libre la fantasía.

Todos se detenían a escucharlo.

Podrá usted decirme algunas de sus aventuras.

—No vuelvan la, si no quieren.

¡Qué alegría el verla aquí!

Les indicó por señas que lo vigilasen.

La ofreció la pluma para que firmara.

Volvió Adolphe para dejar el pluma

—¿Y tú crees que tus editores tienen tiempo de leer nada de eso?—le respondió Francis.

La discusión entre los dos hombres siguió en tono violento, aun cuando, como buenos amigos que eran, nunca podía llegar a una ruptura de relaciones. En mayores lios lo había metido Francis, y de todos supo salir Claud, sin que por eso entibiara la amistad que los unía desde hacía tanto tiempo.

Pero no cabía duda que aquel tren era el tren de los lios, y aparte del que hemos detallado, en un vagón contiguo al que ocupaba Giselle se desarrollaba también una escena pintoresca. Viajaban en él dos jóvenes, una verdadera pareja de enamorados, que, contraviniendo los deseos paternos, se habían fugado de su nido para constituir uno nuevo.

La muchacha, en los primeros momentos de la huida no pensó en las graves consecuencias que podía tener aquel acto, realizado tan a la ligera, pero a medida que el tren avanzaba se iba dando cuenta de su trascendencia, hasta que terminó por arrepentirse por completo, y así se lo dijo a su novio.

—No seas tonta—le replicó éste—. En Kolatokagova lo tengo todo dispuesto para que en cuanto lleguemos nos casen.

—Pero es que yo no me quiero casar sin el consentimiento de mis padres—replicó la joven.

—Pero nena—replicó él—, comprende que eso es ahora imposible. No hemos dado este paso para volver ahora a casa.

—No vuelvas tú si no quieres, pero yo sí—exclamó la muchacha decidida, y haciendo ademán de salir. Mas su novio corrió a detenerla y lucharon unos instantes. Por fin la joven logró zafarse y corrió por el pasillo, hasta meterse en otro departamento. Dió la casualidad que fuera precisamente el de Giselle, que al ver entrar a una joven en aquel estado de excitación corrió a auxiliarla, preguntándole:

—¿Qué le sucede a usted?

—¡Por Dios, protéjame!—suplicó la evadida joven.

—¿Pero qué es lo que le pasa?—interrogó nuevamente Giselle.

—Si lo cuento, ¿me ayudará usted?

—No lo dude. Basta que sea usted mujer y que me necesite, para que yo me preste a todo lo que usted desee.

—Pues verá usted—empezó diciéndole la muchacha—, yo tengo un novio.—Calló a ver lo que respondía Giselle, y ésta, al ver que se detenía, respondió riendo:

—No es usted sola la que lo tiene; conozco a muchas muchachas que también tienen novio y no necesitan por eso el auxilio de nadie.

—Pero es que mis padres no quieren a este novio.

—Ah, vamos, oposición paterna, ¿verdad?

—Así es. Mis padres no quieren que yo me case con él, y nosotros, para poder casarnos, nos hemos fugado. Pero ahora yo me he arrepentido y quiero volver a mi casa, donde estarán muy intranquilos con mi ausencia.

—¿Y su novio, dónde está?—preguntó Giselle, intrigada por aquella aventura.

—Mi novio está en un departamento de al lado. Me he tenido que escapar de él, porque no me dejaba salir.

—Lo comprendo—respondió riendo Giselle—. Ha dejado usted al pobre muchacho compuesto y sin novia.

—¡Está desesperado!—le advirtió la muchacha.

—Cualquiera en su caso se encontraría igual—le dijo Giselle—. Pero hasta ahora no me ha dicho usted para qué necesita mi ayuda.

—Pues se trata de lo siguiente: Como yo no puedo salir, porque me vería él y otra vez querría obligarme a casarme, desearía que en la estación próxima usted pusiese un telegrama a mis padres para tranquilizarlos.

—Si no es nada más que eso, puede estar tranquila, que lo haré.

—Muchas gracias, señora—exclamó la muchacha—. No sabe lo que se lo agradezco.

—¿Y tarda mucho la próxima estación?—preguntó Giselle.

—No, señora: dentro de unos segundos estaremos ya en ella.

—¿Y cómo se llama esa estación?

—Kolatokagova. El tren para cinco minutos.

—Qué extraño, que en un pueblo de un nombre tan largo pare solamente tan poco tiempo el tren. Si casi no da tiempo a pronunciarlo.

Como había dicho la muchacha, el rápido fué lentamente deteniendo su marcha, hasta que por fin quedó

parado en una estación, en la que se leía el nombre que había dado la joven y que Giselle casi no podía pronunciar.

Bajó del tren y fué a cumplir el deseo de la muchacha, sin pensar en el gran inconveniente que representaba para ella el desconocer el idioma que allí se hablaba. Se acercó a un empleado de la estación y le preguntó:

—¿Puede usted decirme dónde está el telégrafo?

El empleado le respondió en su idioma, sin comprenderla, y Giselle hizo señas de escribir. El otro movió la cabeza afirmativamente, como indicando que había entendido que quería papel para escribir, y le indicó el puesto de periódicos que había en la estación. Se encaminó allí Giselle y volvió a preguntarle a la mujer que los vendía:

—¿Quiere usted hacer el favor de decirme dónde está el telégrafo?

La buena mujer creyó que le pedía un diario y empezó a ofrecerle todos los que allí tenía.

En aquel momento entró también en el andén Francis, que venía en busca de un periódico, pero, a diferencia de lo que le había ocurrido a Giselle, a éste en vez de ofrecerle el diario, le ofrecía una caja de bombones.

—¿Pero es que no me entiende usted?—exclamó irritado Francis. Entonces vió a Giselle, y se acercó a ella, diciéndole:

—¡Qué alegría el verla aquí!

—Pues para mí no es ninguna—le respondió francamente ella.

Antes de que él pudiera hacerla ninguna observación, se acercó a ellos el jefe de la estación y les habló algo que los dos jóvenes no entendieron.

Francis se lo quedó mirando, como quien ve visiones, y al final le dijo:

—Bueno, hombre, bueno, ya estamos enterados de todo.

—¿Qué es lo que ha dicho?—preguntó Giselle.

—Vaya usted a saber. ¡Cualquiera entiende a estos hombres!

Nuevamente se acercó a ellos el jefe de estación y volvió a hablarles, indicándoles el tren que habían venido. Pero cuando éstos volvieron la cabeza, vieron cómo el rápido proseguía su marcha.

—Ahora sí que lo entiendo—exclamó Francis—. Este hombre nos ha querido decir que nuestro tren se marchaba.

—Pues ya lo podían decir en otro idioma, que nos enteráramos—respondió malhumorada Giselle—. ¿Y ahora qué hago yo?

—Pues exactamente lo mismo que yo pienso hacer—le respondió Francis—. Esperar la salida del otro tren.

—¿Y cuándo sale?

—Hasta mañana al mediodía no hay ningún tren que vaya a Kalavask.

—Es decir, que tendré que pasar aquí la noche —exclamó irritada Giselle.

—Yo le aconsejo que la pase usted en un hotel. Estará usted mucho mejor—le respondió Francis.

—Era lo único que le faltaba a usted para ser antipático—exclamó Giselle—: hacer chistes. ¿Quiere usted decirme, por lo menos, quién es usted?

Francis tiró de cartera y sacó varias tarjetas, dándoselas a Giselle, que al leer el nombre impreso exclamó alegremente:

—¿Pero usted es Claud Malle?

—El mismo.

—¡Qué desencanto!—exclamó nuevamente ella.

—¿Puedo saber en qué consiste ese desencanto, señorita?—preguntó un poco amoscado Francis.

—En que yo me lo había figurado muy diferente a como no es usted.

—Perdone usted, señorita, pero no creo que parezca tan raro como para ese desencanto que dice...; pero, en fin, si ese es su gusto, acepto su idea, aunque sólo sea por complacerla.

—Menos mal que es usted galante—respondió Giselle, un poco más amistosa—, y como aquí es usted un compatriota, dejo a su caballerosidad y gentileza que me guíe.

—Por lo pronto—propuso Francis—lo mejor será que preguntemos a alguno de estos individuos dónde hay un hotel. Nos valdremos del lenguaje de los mudos, a ver si así nos entienden.

Se acercaron al jefe de estación, y Francis, señalándole a Giselle y a él, le hizo ver por señas que querían un sitio donde dormir. El funcionario de ferrocarriles sonrió de una forma que llamó la atención de los dos viajeros, a la vez que llamaba a un muchacho y le hablaba en aquel idioma desconocido para los dos. Les indicó por señas que lo siguiesen, y Giselle y Francis echaron a andar detrás del mozo.

Por fin llegaron a una casa, cuyo aspecto no era precisamente el de un hotel, hasta el punto de que Francis insistió por señas al muchacho de que si era allí, precisamente, a donde tenían que ir.

Su acompañante movió afirmativamente la cabeza y los introdujo en un salón, donde había una mesa, a la cual estaba sentado un señor de edad, que se levantó al verlos. El muchacho que les servía de guía y el jefe de estación, que acababa de llegar en aquel instante, hablaron varias palabras con el señor en cuestión y éste sonrió a los recién llegados a la vez que abría un libro que tenía ante él.

—Querrán inscribir nuestros nombres—le dijo a Giselle Francis—. Yo creo que lo mejor es que les demos nuestras tarjetas.

Haciéronlo así y el señor que parecía dueño del hotel anotó sus nombres en aquel registro, ofreciéndole luego la pluma para que firmase ella.

Giselle, sin preocuparse y creyendo que se trataba de una costumbre de aquel país, estampó su firma a donde le indicaba, y lo mismo hizo después Francis.

Mas su asombro fué grande cuando vió que también firmaban en el registro los dos que los habían acompañado.

—¡Sí que toman precauciones en este país!—exclamó Francis.

Verdaderamente es original. Parece que no es suficiente con que firmemos nosotros.

—¿Son ustedes franceses?—preguntó chapurreando el que parecía dueño del hotel.

—Sí, señor—respondió Francis—. ¿Sabe usted francés?

—Muy poco, muy poco—respondió el otro—. Yo deseo *muchas felices y muchos hijos también.*

—¿Pero qué es lo que dice este hombre?—preguntó extrañada Giselle.

Francis se dió cuenta en seguida de lo que había ocurrido, pero insistió para que se lo explicasen aunque fuera por señas, hasta que finalmente empezó a protestar, diciendo:

—¡Eso no puede ser!... ¡Han sorprendido ustedes nuestra ignorancia!

—¿Pero qué es lo que ocurre?—inquirió nuevamente ella.

—Pues... agárrese usted y no se caiga. Sucede que nos han casado y que nosotros hemos firmado la conformidad.

—¡Eso es una barbaridad!—protestó Giselle.

—Así lo considero yo también—respondió Francis—.

Pero no es eso lo peor, sino que está usted casada con otro hombre.

—¿Con otro?—preguntó alarmada ella—. ¿Entonces estoy casada dos veces?

—No, tampoco—le dijo Francis—. Le he querido decir que usted se ha casado conmigo, pero que no está casada conmigo, sino con otro.

—No comprendo una palabra de lo que me dice —replicó Giselle, desesperada—, y le suplico que me explique todo eso.

—Pues bien. ¿Usted está creída que la han casado conmigo, verdad?

—Sí, así lo he visto.

—Pues se engaña usted; la han casado con otro.

—¿Y quién es ese otro?

—Claud Malle—respondió Francis.

—¿Pero usted no es Claud Malle?

—No; yo soy un amigo de Claud Malle.

—¿Y ha tomado usted su nombre?... ¿Pero con qué objeto?

—Eso yo no se lo puedo explicar en tan pocas palabras. Por ahora basta que le diga que en el Registro aparece usted casada con Claud Malle y no conmigo; yo me llamo Francis.

—Es usted mucho más cínico aún de lo que yo me había creído... ¿Y ahora qué pensará ese hombre de mí?... ¿Qué dirá al verse casado con una mujer a quien no conoce? ¡Me citará a los Tribunales, se formará un escándalo alrededor de mi nombre, y todo por culpa

de usted!

—De que no suceda nada de eso, yo me encargo—le contestó Francis—. Yo le explicaré lo que ha pasado y todo se arreglará amigablemente. Además, él tiene también un poco de culpa.

Y ya más tranquilos los dos, fué refiriéndole de cómo había tomado, con el consentimiento de Claud, el nombre de éste, por qué lo había tomado y todo cuanto se refería a aquel embrollado asunto.

EN KALAVASK

Entretanto, Claud Malle había llegado la noche anterior a la casa que poseía en la población veraniega de Kalavask y se había instalado en ella. El criado que salió a recibirlo, al verlo entrar solo, le preguntó extrañado:

—¿No viene con usted el señorito Francis?

—Sí, pero ha perdido el tren y hasta la tarde no llegará. No me despiertes por nada ni por nadie.

Se encerró en su cuarto, pero antes de que pudiera acostarse oyó un gran estrépito y salió a enterarse de lo que pasaba. Vió que era nada menos que Lulú, su amiguita Lulú, que venía hecha un verdadero huracán. Siguiendo la costumbre tan inveterada en ella, iba rompiendo cuantos cacharros encontraba en el «hall», hasta que Claud consiguió detenerla y preguntarle:

—¿Pero qué te pasa para ponerte así, muchacha?

—¿Que qué me pasa? Demasiado lo sabes tú. ¡Eres el peor de los hombres!

—¡Aúxa! exclamó él—. ¿Pero si no hago más que llegar; qué he podido hacer para causar tu enojo?

—¡Eres, además de infiel, un cínico de lo más grande que he visto!—exclamó ella—. Lee lo que dice este

periódico y a ver si tienes cara para ponerte delante de mí.

Claud tomó el periódico que le daba Lulú y leyó con el asombro consiguiente la noticia dando cuenta de su boda, y que decía así:

«Ayer tarde, en la ciudad de Kolatokagova, se efectuó el matrimonial enlace de la bella «estrella» cinematográfica Giselle y del célebre compositor Claud Malle. Deseamos a la feliz pareja una continuada luna de miel.»

—¡Esto es mentira!—exclamó Claud—¡Esto debe ser alguna «reclame» de mis editores!

—Con que de tus editores, ¿eh?—siguió diciendo Lulú—. ¡Esto es verdad! Pero yo te demostraré de que no es tan fácil engañarme a mí.

Y para demostrárselo volvió nuevamente a apoderarse de unos jarrones y a punto estuvo de estrellarlos contra el suelo si no hubiese intervenido Claud.

En aquel instante apareció en la puerta un íntimo amigo del músico, el famoso Adolphe, famoso por sus ocurrencias extraordinarias y porque era el ser a quien le sucedían las cosas más inverosímiles del mundo. Abrió la puerta, y al ver la batalla campal que se desarrollaba en el interior de la casa, se esfumó rápidamente, para volver de nuevo vestido con una especie de coraza, que quitó a una de las armaduras del recibidor.

—Me parece que así no me haréis daño—exclamó al entrar.

—¡Vienes a punto, hombre!—exclamó a su vez Claud—¿Tú sabes algo de que yo me haya casado?

—¡Qué te vas a casar tú, hombre!—respondió Adolphe, en cuyo rostro se notaban las señales de no haber dormido durante toda la noche.

—¿Lo estás viendo, Lulú? ¿Ves cómo no te engaño?

—¿De verdad no me engañas?—preguntó Lulú.

—De verdad, mujer—insistió Claud—. Ya te he dicho que todo debe ser cosa de mis editores, a quienes ya les daré yo una lección.

—¿Entonces, sigues queriéndome?—preguntó ella mimosamente.

—Con toda mi alma; pero ahora haz el favor de dejarme a solas con este amigo. Tenemos que tratar asuntos de negocios.

—Bueno, pero volveré esta tarde.

—Sí, sí; vuelve cuando quieras, pero ahora vete—le dijo finalmente Claud.

Cuando la vió salir respiró algo más tranquilo, y acercándose a su amigo le dijo:

—¿A qué se debe tu visita?

—Pues, sencillamente, buscando un sitio donde dormir—le respondió Adolphe—. Han pintado mi habitación y hay allí un olor a pintura que no me ha dejado pegar un ojo durante toda la noche... Estoy que me caigo de sueño.

Unos golpecitos dados en la puerta llamó la atención de los dos amigos, y Claud, que miró a ver quién era, se volvió rápidamente a Adolphe y le dijo:

—¡Dios mío, es Ivonne!... ¿Qué querrá?

Esta otra amiguita de Claud entró de la misma forma que la anterior. Sin embargo, no la emprendió con los objetos, sino que mostrándole un diario a Claud, le dijo:

—¿Es cierto lo que dice este periódico?... ¿Es verdad que te has casado?

Adolphe, para no ser testigo presencial de la tragedia amorosa que se avecinaba, se había dejado caer en un sofá, ocultándose a las miradas de Ivonne, que siguió preguntando a su amante:

—Contesta... ¿Es verdad?

—No, mujer; qué va a ser verdad. Esto debe ser alguna «reclame» de mis editores, que no saben ni se han dado cuenta de las consecuencias que puede traer.

—Es que si es verdad—siguió diciéndole ella—, yo me desmayo.

—¡No, no te desmayes!—exclamó asustado Claud—. Ya te he dicho que no es cierto.

—Yo no lo creí tampoco—respondió Ivonne—. Nunca pensé que pudieras pagar tan mal mi sacrificio. Ya sabes que por ti lo he hecho todo. No me ha importado que mi marido se entere de que tenemos relaciones y si quieres me divorcio de él y me caso contigo... Después de todo, sería lo mejor.

—No, todavía no; no te divorcies de tu marido hasta que yo te lo diga. Pero ahora haz el favor de marcharte. Acabo de llegar y estoy cansadísimo.

—¿Y pensarás en mí mientras duermes?

—Pensaré y soñaré contigo—le respondió Claud—. Te lo prometo.

Pero ella se había sentado en el mismo sofá que Adolphe, aunque a espaldas a éste, y le dijo mimosa:

—Bueno, me marcho; pero antes me tienes que dar un beso.

—Todos los que tú quieras—respondió Claud, sin moverse de su sitio—; pero márchate.

—Pues dame un beso; yo quiero que me des un beso... Anda, dame un beso.

Ante aquella súplica Adolphe no pudo resistirse, y sacando la cabeza y sin que ella se diera cuenta la besó varias veces. Ella respondía a sus besos, en la creencia de que era Claud el que la besaba, hasta que se dió cuenta de su equivocación y salió asustada de allí.

—Bueno, eres de una frescura asombrosa, Adolphe —le dijo riendo Claud—. Te atreves a besar a mis amigas en mis propias narices.

—Ten en cuenta, querido—le respondió Adolphe—de que era la única manera de dejarla satisfecha y de que me dejara a mí dormir... ¡Además, tienes unas amiguitas, querido, como para quitarle el sueño a otro hombre que no fuera yo!

Volvió a acostarse en el diván, mas su amigo lo llamó diciéndole:

—¿Pero es que piensas dormir tranquilamente, sin preocuparte de lo que me pasa?

—Mira, Claud—le respondió Adolphe—, a mí no me

metas en tus líos. Déjame dormir en paz, que buena falta me hace.

—Nada de eso: o eres un buen amigo mío, o no.

—¿Y qué es lo que se te ha ocurrido ahora, preciosidad?—preguntó irónicamente Adolphe, viendo que se le esfumaba el sueño que había pensado tirarse.

—Pues, sencillamente, que te vayas a la escalera y no dejes entrar a la rusa. La estoy viendo aparecer de un momento a otro.

—¿Es decir que tampoco me vas a dejar dormir tú?

—Sí, hombre. Te prometo una cama para esta noche, pero ahora haz lo que te digo. Si no lo haces, es que no eres amigo mío.

Y Adolphe, que ante todo era un buen amigo de los suyos, salió con una almohada y una manta para dormir en la escalera. Se echó sobre uno de los tramos y allí se quedó roque perdido, sin darse cuenta de nada.

Algo más tranquilo con la vigilancia exterior, que creía tener, fué a acostarse, pero tampoco pudo hacerlo en aquella ocasión. Como una tromba entró Francis, y le dijo:

—Tengo que decirte algo muy importante, Claud.

—Ya me lo dirás luego. Estoy cansado y quiero acostarme un rato.

—No lo puedes hacer, sin que yo te diga lo que ocurre.

—¿Pero qué es lo que ocurre para que te me presentes tan alarmado?—preguntó Claud.

—¡Pues... que te he cusado!—exclamó Francis.

—¿Que me has casado?—preguntó extrañado el músico.

—Bueno, quiero decir—siguió diciéndole su amigo—, que me he casado, pero que no me he casado, sino que te he casado, sin que tú te hayas casado.

—Sigo sin entenderte ni una sola palabra—respondió Claud.

—¿Entonces no has leído los periódicos?—le preguntó Francis.

—¡Ah! ¿Pero has sido tú?...—exclamó indignado el compositor.

—Sí, yo he sido... yo solo tengo la culpa.

—¿Y para qué has hecho publicar eso?... ¿No comprendes que es una fantasía tuya, que puede acarrearme serios disgustos?

—Pero es que no se trata de una fantasía, sino de una realidad... ¡Y qué realidad! ¡Si la vieras!

Claud estaba a punto de perder su paciencia y de estrangular si era menester a su amigo, que no terminaba de explicarle todo aquel lío. Francis se decidió al fin, y le dijo:

—Cuando bajé en Kolatokagova me encontré con una muchacha, con la misma de la que te hablé en París. Perdimos el tren, hablamos, nos decidimos a quedarnos allí y yo le entregué una de las tarjetas que tú me habías dado. Como aquella gente no nos entendían, les dije por señas que nos llevasen a un hotel, y donde nos llevaron fué a casa del juez. Sin saber lo que hacía-

mos dimos nuestro consentimiento a cuanto nos decían y firmamos nuestra partida de casamiento.

—De lo que resulta—le interrumpió Claud—que el que está casado eres tú.

—Nada de eso: yo me casé, desde luego, pero me casé con tu nombre.

—¡Es la mayor barbaridad que se te ha podido ocurrir!—exclamó Claud—. Pero, así y todo, yo no puedo consentir ese casamiento. Tú y nada más que tú es el que se ha casado, y si esa mujer exige alguna responsabilidad, que vaya contra ti; yo no me meto en nada.

—Es que yo tampoco estoy casado. ¿Cómo va a querer esa mujer ser mi esposa, sabiendo que no está casada conmigo? Comprende que con quien ella se ha casado ha sido contigo y no conmigo.

—Bueno, pues tú veras la manera de arreglar esto —terminó diciendo Claud—. Arréglalo como mejor te parezca, pero yo quiero divorciarme inmediatamente. ¿Lo oyes bien? ¡Quiero divorciarme!

—¡Y yo también!—exclamó una voz desde la puerta.

Era Giselle, que había oído las últimas palabras de Claud, quien se volvió rápidamente hacia ella, mientras que Francis le decía a la joven:

—Señorita, este señor es el verdadero Claud Malle, su verdadero esposo.

—¿Es decir que usted es la mujer que se ha casado conmigo?—preguntó Claud, agradablemente impresionado por la belleza de Giselle.

—¿Y usted el hombre que también se ha casado conmigo?—respondió ella.

Claud se acercó a ella la hizo entrar y sentarse junto a él, a la vez que le decía:

—Decididamente, no se puede negar que he tenido muy buen gusto.

Giselle sonrió halagada por la galantería del músico, y éste siguió diciéndole:

—¿Y yo, qué le parezco a usted?

—Es usted tal y como yo me lo había imaginado. Joven, simpático, atractivo...

—¡Y usted encantadora!—terminó diciendo Claud.

Francis, que se hallaba junto a ellos, y a quien Claud no le dejaba intervenir, exclamó en aquel momento:

—Te advierto, Claud, que debes tener en cuenta de que estás hablando con mi mujer.

—Te equivocas, amigo mío. Es a mi mujer a quien le hablo, ¿verdad...?

—Giselle—terminó ella, dándole su nombre.

—¿Verdad Giselle que es usted mi esposa?—volvió a preguntar el músico.

—Hasta que nos divorciemos—respondió ella—. No olvide usted de que tenemos que divorciarnos.

—Así es, en efecto. Pero por lo pronto es usted mi mujer—contestó Claud, a la vez que la estrechaba entre sus brazos y la besaba repetidamente, hasta que ella se separó de él, diciéndole, a la vez que reía:

—Bueno, haga el favor de dejar esas expansiones sentimentales... por lo menos delante de su amigo.

—¿Es que le estorba a usted la presencia de este? —preguntó Claud—. Pues se irá.

—Eso es—exclamó indignado Francis—«se irá». ¿Como si no hubiera más que decir?

—Mira, Francis—siguió diciendo Claud—. A mi señora le molesta que estés aquí, y tú, como hombre galante, lo que debes hacer es marcharte cuanto antes.

—Yo no me voy de aquí hasta que os hayáis divorciado. Esta noche la pasaremos los tres juntos. Soy responsable de todo lo que ha ocurrido y he de velar por esta señorita.

Giselle sonreía ante la discusión de los dos hombres, sin poder ocultar la simpatía que le había inspirado Claud. Ya no pensaba lo mismo que antes. Aquel casamiento que tan nerviosa la había puesto, era ahora para ella la cosa más lógica del mundo. Se consideraba casada con aquel hombre, a quien ya instintivamente había profesado cierto afecto, y no le preocupaba el tener que dormir allí. Es más, casi se consideraba dueña de todo aquello y lo único que le preocupaba era el ver la profusión de retratos de mujeres que había por todas partes.

Claud entre tanto, seguía discutiendo con su amigo, hasta que finalmente logró echarlo de la casa. Volvió a donde estaba Giselle y le dijo:

—Ya ha quedado satisfecho su deseo. Ahora nos encontramos solos, «esposa» mía.—Y otra vez pretendió besarla. Ella no opuso mucha resistencia; pero al ver

que su «marido» no se cansaba en sus caricias, terminó diciéndole:

—Haga el favor de no sentirse tan sentimental y hablemos de lo que nos interesa.

—A mí—respondió él—ya no me interesa nada que no sea usted.

—¿A cuántas le ha dicho usted lo mismo?—le preguntó sonriendo Giselle, a la vez que pasaba su vista por los retratos que había en la sala.

—A ninguna—respondió él—. Le prometo que no se lo he dicho a ninguna.

—Sin embargo, yo sé de muchas aventuras suyas —replicó ella.

—¿Se siente usted acaso celosa?—preguntó sonriendo Claud.

—Nada de eso, y mucho menos sabiendo que mañana tendremos que entablar nuestro divorcio, según hemos acordado.

—Yo no he acordado nada—respondió Claud— Eso del divorcio ha sido acordado por usted. La prueba es que si usted quiere no presentamos la demanda, y en paz.

—¿Y se quedaría usted casado con una mujer que no ha conocido hasta después de haber contraído matrimonio?

—¿Qué importa?—exclamó apasionadamente Claud. ¡Si esa mujer es la más bella de cuantas he conocido en mi vida!

—Que habrán sido muchas, muchísimas, ¿no?—preguntó maliciosamente ella.

—Bastantes—confesó él tímidamente.

—Así me gusta—le dijo de nuevo ella—. Por lo menos es usted sincero, y esto es una facilidad para que podamos entendernos mejor.

—¿Usted cree que nos llegaremos a entender?—preguntó ansiosamente Claud.

—No cabe duda. Yo no pienso ser exigente. Lo único que le reclamaré será mi libertad... ya ve si el divorcio podrá realizarse rápidamente... ¿Creo que usted no me negará la libertad que pido?

—Según para lo que usted la desee—replicó Claud, cada vez más atraído por la belleza de la joven.

—¿Cómo que para lo que la desee? Para poder hacer lo que me guste, para poderme casar otra vez.

—Entonces, tal vez encontremos grandes impedimentos.

—¿Se atreverá usted a oponerse?

—Desde luego—declaró él—. Usted comprenderá que no voy a ser tan tonto de dejar perder a una mujer tan ideal como usted, después de que la suerte me la ha dado por esposa.

Giselle, aun cuando procuraba aparentar cierta seriedad interiormente, no podía menos que alegrarse de aquellas palabras. Se estaba dando cuenta de que el músico había quedado prendido en sus encantos y de que el sueño delicioso tantas veces acariciado por ella

estaba a punto de verse realizado. No obstante, procuró aparentar todo lo contrario, y volvió a decirle:

—Bueno, haga el favor de hacer entrar mis maletas, si es que me permite usted dormir aquí esta noche.

—Lo que no le permitiría es que se fuese usted a otro sitio. Es usted mi esposa y debe usted dormir en su hogar.

—Bueno, dormiré en mi «hogar», pero completamente sola, sin que nadie me moleste. ¿Lo entiende usted bien?...

—Entendido—respondió sonriendo Claud—. Ahora mismo daré orden de que le preparen una habitación.

Llamó al timbre y minutos después se presentó el criado, a quien le dijo Claud:

—La señora se queda aquí. Prepárele la habitación y tenga dispuesto todo lo necesario.

—Conforme, señor—respondió el criado, para quien aquellas cosas no tenían importancia, por lo acostumbrado que estaba a las aventuras de su señor.

SU NOCHE DE BODAS

La habitación que había sido destinada a Giselle era, como es natural, la mejor que había en la casa. Una de sus puertas daba al «hall», otra al cuarto de baño y la otra, que estaba enfrente, daba a una habitación interior que se comunicaba a su vez con la puerta de la cocina, puerta que había utilizado Adolphe para volver a la casa y poder dormir, si es que iban a dejarlo, por fin, tranquilo.

Cuando llegó la noche, Claud acompañó a Giselle hasta la puerta de su habitación, diciéndole:

—Si desea algo, si le ocurre algo, no tiene usted más que llamar, en seguida entraré.

—Muchas gracias, pero creo que no necesitaré nada en toda la noche. Estoy muy cansada y dormiré tranquilamente.

El quiso despedirla con un beso, pero en el momento en que se lo fué a dar, ella cerró la puerta, dejándolo fuera.

Al quedarse sola recorrió con la vista la estancia y la encontró muy a su gusto, tanto, que exclamó satisfecha:

—Indudablemente, se ve en él al hombre acostumbrado al trato de mujeres. Cuánto gusto hay en todo, qué refinamiento... No cabe duda de que es un hombre encantador... ¡Si fuera verdad!

Aquel «¡si fuera verdad!» quería decir muchas cosas; quería decir que si todas sus frases de amor, todas aquellos promesas que le había hecho fuesen verdad, ella se consideraría feliz. Por lo pronto, estaba decidida a no entablar ningún divorcio, sino que expiaría todos los actos de su original marido, para asegurarse si la amaba o no; y en caso de que fuese cierto cuanto le había dicho, ella entonces le confesaría el amor que siempre había sentido por él, aun cuando no le conocía.

Giselle estaba alegre aquella noche. Después de la noche anterior, que tan nerviosa la había pasado, se hallaba ahora tranquila, se consideraba dichosa, y mucho más lo hubiera sido si hubiera podido estar segura de la certeza de las palabras de Claud.

Vió un aparato de radio colocado en la misma habitación y lo conectó para oír un poco de música, mientras se desnudaba en el otro cuarto.

Del armario que había en la misma alcoba sacó unas ropas blancas y siguiendo el ritmo del charlestón que tocaba la radio, se metió en la habitación donde estaba el baño. Mientras ella estaba allí, Adolphe entró en la alcoba, y al ver la cama sonrió satisfecho, pensando en lo bien que lo iba a pasar. Para dormir más a gusto buscó en el armario y sacó unas prendas parecidas a un pijama. Se fué a la habitación de donde había salido

para desnudarse y en este intervalo volvió a entrar otra vez Giselle para dejar las prendas que se había llevado. Era un pijama de hombre que para nada le servía, y lo dejó otra vez en el armario, recogiendo otras prendas y encerrándose otra vez en el baño.

También volvió en aquel momento Adolphe para dejar el pijama femenino que había cogido equivocadamente y llevarse el otro de hombre. No lo encontró por ninguna parte, y creído que estaría en la habitación que había abandonado, entró otra vez en ella para buscarlo.

Aquel momento fué el que aprovechó Giselle para recoger una prenda que le faltaba. Lo primero que le vino a mano fué el pijama que antes se había llevado, y lo arrojó detrás de la puerta de baño para encontrar mejor lo que buscaba. Una vez que lo tuvo volvió al baño y entró por tercera vez Adolphe, que al ver el pijama lo tomó y se lo puso.

Este juego de entrar y salir duró cerca de media hora, sin que ninguno de los dos se diera cuenta del otro.

Por fin, Giselle se acostó tranquilamente en la cama, pero al ir a desabrocharse el collar se le rompió el hilo que sujetaba las perlas y éstas cayeron por debajo del lecho. Saltó nuevamente de la cama y se metió debajo de ella para ir recogiendo las perlas. En este momento apareció Adolphe, que sin ver a Giselle y sin ser visto por ella, se metió también dentro de la cama y se dispu-

so a dormir tranquilamente. Al cabo de unos segundos ya dormía como un lirón.

Una vez que Giselle hubo recogido todas las perlas del collar, las colocó en la mesilla de noche y se acostó distraidamente, sin darse cuenta de que en la cama había otra persona. Mas los ronquidos de Adolphe llamaron pronto su atención y muerta de miedo comenzó a gritar pidiendo auxilio.

Adolphe, por su parte, al sentirse despertado tan bruscamente, se llevó un susto como para quitarle hipo al más pintado, y comenzó también a gritar.

Ella quiso taparse y cogió la tapa de la manta. El, por hacer lo mismo, la cogió también por el otro lado y al cabo de unos segundos los dos se vieron envueltos en la colcha, sin que ninguno encontrara el medio de salir de allí. Por más que hacían para zafarse de la ropa, más se liaban, y esto duró, hasta que Claud entró a prestar auxilio a Giselle, alarmado por los gritos de ella.

Cuando vió de quien se trataba se echó a reir y Adolphe más amoscado aun de lo que estaba, se marchó a dormir a otra parte.

—¡Qué susto me he llevado!—exclamó Giselle, abrazada a Claud.

Este sin soltarla, la retuvo más bien amorosamente en sus brazos y le dijo:

—Ya ve usted como le dije que tal vez necesitaría de mi.

—Pero, ¿cómo ha podido entrar ese hombre en mi alcoba?

—Si se lo pregunta usted a él, tal vez que no sepa decírselo tampoco. Desde esta tarde está el pobre buscando un sitio donde poder dormir, pero no tenga usted cuidado, ahora cerraremos todas las puertas y podrá descansar hasta mañana.

Y renacida otra vez la calma, cada uno se fué hacia su alcoba.

UNA VISITA INOPORTUNA

Al día siguiente, alterando la costumbre de toda su vida, Claud se levantó muy temprano, ordenó que todo estuviera dispuesto para el almuerzo y cuando quedó convencido de que nada faltaba llamó a la alcoba de Giselle, que le contestó desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy yo—respondió él—. Salga usted que ya está todo preparado para almorzar.

—Es que todavía no estoy vestida del todo—respondió ella.

—Es lo mismo—exclamó él—. Aquí no hay nadie más que yo.

—¿Salgo tal como estoy?—preguntó Giselle.

—De todas formas tiene que estar usted encantadora, así es que salga.

—Bueno, pues aquí me tiene—respondió Giselle saliendo de su habitación, llevando únicamente un peinador que cubría todo su cuerpo.

Claud sintió cierta defraudación en aquello, pero, como aquella mujer sabía imponer su voluntad de un modo tan terminante, no hizo la menor objeción y la invitó a que se sentara junto a él, preguntándole:

—¿Ha pensado usted ya mejor, sobre eso del divorcio?

—Yo sí—respondió ella sonriendo—¿y usted, en que ha pensado?

—En una sola cosa—respondió—. En usted, en que es usted la criatura más encantadora que he conocido en mi vida. Han bastado unas horas para sentirme enteramente enamorado de usted.

—¿A cuántas le habrá dicho lo mismo?—preguntó ella.

—A ninguna—le respondió Claud—. Todo lo que de mí han contado los periódicos y las malas lenguas, son patrañas inventadas por mis editores para hacerme «reclame».

—Entonces, ¿esto es una «reclame»?—preguntó sonriendo ella, a la vez que le mostraba el retrato de Lulú, que había sobre la mesa.

—Esa es una compañera de trabajo—respondió Claud—pero si a usted le molesta ese retrato lo rompo y en paz.

—¿Y no piensa usted que tendría muchos retratos que romper?

—No, no tengo más que ese.

—Pues yo le enseñaré a usted algunos más.

Se levantó y fué hacia el despacho de Claud y toman-

do uno a uno todos los retratos que allí había le fué diciendo:

—Tendrá que romper éste, y éste, y éste también, aquel de allí, aquel otro y aquel de la mesa. Creo que ya no quedan en esta habitación ninguno más.

—Pues todos esos y todos los que usted quiera los romperé.

—¿Pero todavía tiene usted más?—preguntó alarmada Giselle.

—No he querido decir eso, Giselle, sino que yo haré cuanto usted diga.

—Pues por lo pronto llame usted al criado.

Claud obedeció el deseo de Giselle y cuando se presentó éste, la muchacha le entregó todos los retratos a la vez que le preguntaba:

—¿Hay fuego en la cocina?

—Sí, señorita—respondió el criado.

—Pues tome todos estos retratos y cuando estén quemados me lo dices.

El criado se quedó mirando a su señor, como preguntándole qué es lo que debía hacer, y Giselle le dijo:

—El señor no le dirá nada, ¿verdad Claud?

—Haz lo que te ordena la señora—exclamó Claud—. Quema todos esos retratos y si ves alguno más por ahí, haz lo mismo.

Giselle estaba satisfecha de aquella muestra de cariño que le daba Claud, al desprenderse sin la menor protesta de todos aquellos recuerdos amorosos y le sonrió deliciosamente, haciéndole exclamar:

—¿Está usted ahora convencida de que la amo?

—No del todo, señor don Juan—respondió ella—. Sabe Dios los lios que tendrá usted todavía.

—Le aseguro que ninguno, absolutamente ninguno. ¿Quiere usted que se lo jure?

—No es necesario—respondió ella riendo—. Creo que no tardaré en tener alguna confianza en usted.

—Entonces seré el hombre más feliz de la tierra.

—Con poco se contenta usted—replicó riendo Giselle.

—Es que detrás de la confianza, vendrá el amor.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo vaya a amarle?—preguntó ella.

—Usted misma.

—¿Yo?—respondió riendo Giselle—. ¿Cuando le he dicho a usted semejante tontería?

—¿Cree usted que el amarme es una tontería...? ¿Lo cree usted sinceramente?—preguntó Claud, cogiéndole amorosamente una mano.

Ella cayó unos instantes, temiendo descubrirse, mas ante la insistencia de él, le respondió:

—Desde luego no es usted un hombre tan antipático como para eso.

—Y si no soy tan antipático, ¿usted cree que llegaría a enamorarse de mí? Y si no, ¿por qué ha preferido quedarse a mi lado, antes que ir con Francis?

—Porque usted es diferente a él. Usted había llegado a interesarme, aun sin conocerlo. Pero de eso a enamorarme, por lo pronto hay bastante diferencia.

—¿Y en qué consiste esa diferencia?—preguntó

Los dos se vieron ensueltos en la colcha

—¡No lo interesé más!

- Yo también me iré con usted, Francis.

- Se me ha ocurrido una idea.

Aquella danza tenía el sabor de la tierra española.

Se dió cuenta de su equivocación.

—¡Es soñámbula!

Francis y Simonde se juraban también amarse.

Claud, que quería acosarla a preguntas para que al fin le sacara de la duda en que lo tenía.

—Pues sencillamente, porque en su vida de usted hay muchas mujeres. El día que yo me convenza de que solamente yo, y nada más que yo, existo para usted, entonces ya será otra cosa.

—¿Entonces me promete usted no entablar ninguna demanda de divorcio hasta que esté convencida de que es verdad cuanto le digo?

Ella bajó la cabeza, sin saber qué responder y él insistió nuevamente:

—¿Me lo promete, Giselle?

—Se lo prometo respondió quedamente ella.

—¿Y un beso?

—Como soy su esposa...—respondió ella quedamente y dejando que Claud la besara apasionadamente, hasta que llamaron a la puerta.

Salieron a ver quién era y se encontraron con Adolphe que venía elegantemente vestido y traía además siete u ocho cajas.

—¿Pero qué es lo que traes ahí?—preguntó extrañado Claud.

—Me he enterado de que te habías casado y he creído prudente hacer un pequeño obsequio a tu señora, eso es todo.

—Pues ven, voy a presentártela.

—No, si me parece que ya usted y yo nos conocemos..., ¿verdad, señora?—preguntó Adolphe acercándose a ella.

Giselle comprendió inmediatamente que se trataba de un buen hombre a carta cabal, y le respondió riendo:

—A mí también me parece que le conozco. Yo he visto su cara y no sé dónde, pero estoy segura de haberla visto.

—Pues yo le ruego, señora, que se haga usted cargo que nunca me ha visto y que acepte estos pequeños obsequios. No sé si serán de su gusto.

—Voy a llevarlos a mi cuarto y allí los veré mejor—respondió Giselle, agradeciéndoselos con una sonrisa.

Cuando se hubo marchado, Adolphe se encaró con su amigo y le dijo:

—¿Sabes que has hecho una conquista como para envidiarte.

—Te advierto, Adolphe, que no se trata de ninguna conquista. Esto es otra cosa diferente... ¡Es mi esposa!

—¿Tu esposa? — preguntó extrañado Adolphe—. ¿Luego es verdad que te has casado? ¿No me han engañado?

—No te han dicho más que la verdad—le respondió Claud—. Me he casado con la mujer más bonita del mundo y de quien estoy enamorado.

—Pues te compadezco, querido—exclamó Adolphe—porque ahora venía para aquí Luiú, y por cierto no con cara de muy buenos amigos.

—Pues es preciso que no me vea. Detenla tú, haz que se vaya, en fin, líbrame de ella.

—¿Pero, no comprendes que yo...?

—Yo no comprendo nada—exclamó Claud—. O eres mi amigo o no lo eres.

—Sí, hombre yo soy tu amigo, pero el que no lo parece mío eres tú, dejándome este encarguito...

A penas tuvo tiempo de entrar en la alcoba donde estaba Giselle Claud, cuando se presentó Lulú. Venía como para hacerle una caricia.

—¿Dónde está Claud?—le preguntó a Adolphe.

—Claud acaba de salir en este momento—respondió—. Tal vez no vuelva hasta mañana.

—Pues yo necesito verlo—exclamó la joven—. Dígame dónde está, que he de verlo ahora mismo.

—Ya le he dicho que ha salido y que hasta mañana no vuelve—volvió a decirle Adolphe, mientras ella iba de un lado a otro del «hall».

—¿Sabe usted lo que me ha hecho ese sinvergüenza?—preguntó Lulú.

—Hasta que usted no me lo diga, no se ni una palabra.

—Pues sencillamente que se ha casado. Ayer pudo engañarme, pero ahora estoy segura de que es verdad... ¡Pero me las pagará!... ¡Vaya si me las pagará!

Y tal vez para empezar a echarse empezó a romper tiestos y cuanto encontraba a la mano.

Giselle, al oír aquellas voces y el ruido producido por los cacharros al estrellarse contra el suelo le preguntó a Claud.

—¿Qué pasa ahí fuera para ese ruido?

—No sé, no sé—respondió Claud, sin saber qué contestar.

Ante el azoramiento de él, Giselle sospechó de qué se trataba y le dijo sonriendo.

—¿No le parece que será mucho mejor que salga usted para ver de qué se trata?

—Sí, ahora mismo salgo—respondió Claud, sin moverse del sitio.

—Dice usted que sale, pero no se mueve—le dijo impaciente ella.

Claud, decidido a arrostrar las iras de Lulú y terminar de una vez con ella, salió de la alcoba y fué en busca de su antigua amiga que al verlo corrió a él diciéndole.

—¿Te escondías de mí verdad.

—No, mujer, yo no me escondía de nadie.

—¿Entonces por qué me ha dicho tu amigo que habías salido y que no volvías hasta mañana?—preguntó ella.

—Porque así se lo había dicho, para evitarme una porción de visitas que me harán con motivo de mi llegada—respondió Claud, a la vez que la iba llevando hacia la puerta de la cocina.

Una vez que estuvo cerca de ella la empujó suavemente al interior y se encerró con ella, para evitar que siguiera gritando y que la oyese Giselle.

Mientras él la convencía y lograba sacarla de la casa, Giselle salió de su habitación y al ver por el suelo los destrozos que había hecho Lulú, le preguntó a Adolphe.

—¿Pero que ha pasado aquí?... ¿Cómo está todo esto por el suelo?

—¡Ya ve usted!—respondió Adolphe—¡Cosas de Lulú!

—¿Y quién es Lulú?... ¿Alguna amiguita de Claud?

—Nada de eso—exclamó Adolphe, dándose cuenta de la coladura que había tenido—. Lulú es el gato, el gato que tiene Claud... ¡Es más revoltoso! A lo mejor cuando está furioso, que lo suele estar muy a menudo, pues mire usted lo que hace.

El pobre Adolphe sudaba materialmente, queriendo salvar a su amigo en aquella crítica situación, y hubiera terminado confesándolo todo, si en aquel instante no aparece Claud, diciendo.

—¡Por fin he logrado que se vaya!

—¿Quién se ha ido?—preguntó maliciosamente Giselle.

Claud se vió cogido en la trampa, sin saber qué responder, pero Adolphe, desde el sofá donde se había sentado, le hacía señas como de arañar, para darle a entender que él le había dicho que se trataba de un gato.

Mas Claud no lo comprendía y seguía mirando todas las señas que le hacía, hasta que Giselle volvió la cara y vió a Adolphe, que para disimular empezó a rascarse la cabeza, como si tal cosa.

Giselle estaba a punto de soltar la carcajada, mas pudo contenerse y divirtiéndose con aquella situación, volvió a preguntar a Claud.

—¿No puede decirme quién se ha ido?

Nuevas señas de Adolphe, que ya no se contentó con hacerle las demostraciones de arañazos, sino que se subió al sofá y empezó a estirar y encogerse, haciendo todos los ademanes de un felino, hasta que en vista de que su amigo no le entendía se acercó a él y le dijo:

—Yo ya le he dicho a Giselle, que era Lulú...

Claud lo miró como para asesinarlo y Adolphe siguió diciendo:

—Lulú, el gatito de la casa, que se entretiene en hacer estos destrozos...

Giselle tuvo compasión de Claud, al ver el apuro en que se hallaba y sin preguntarle nada más, volvió nuevamente a su alcoba.

Cuando quedaron solos, Claud volvió a decirle a su amigo.

—Vas a hacer el favor de colocarte en la puerta y si viene, como espero Ivonne, haz algo, lo que se te ocurra, pero sobre todo que no entre. Yo voy a convencer a mi esposa que parece que no se ha marchado muy satisfecha con tu explicación.

Entró en la alcoba de Giselle y al acercarse a ella, ésta le volvió la espalda.

—¿No ha creído usted lo que le hemos dicho?—preguntó Claud.

—¡Tan embustero es usted como su amigo—respondió ella—. ¿Cree usted que acaso soy tonta para creerme todos los disparates que han dicho en dos segundos? Esa Lulú, no dudo que sea un gato, pero de lo que también estoy cierta es de que es una de sus amiguitas...

—Está usted equivocada, Giselle—replicó Claud—. Le hemos dicho la verdad, nada más que la verdad.

—¡Y yo le digo que no es cierto!—respondió ella.

—Pues bien, es cierto—confesó él al fin—. Esa mujer ha sido amiga mía, hasta que la he conocido a usted. Pero yo le juro que ya no es nada para mí, ni quiero volverla a ver. La de hoy ha sido nuestra última entrevista.

—¿Es verdad eso que me dice?—preguntó Giselle, mirando mimosamente a Claud.

—Completamente verdad—respondió él.

—¿Y no tendrá usted nadie más con quién tener que terminar?

—Con nadie más—le contestó Claud.

—Entonces le perdono—terminó diciendo Giselle volviéndose hacia él sonriente.

LA INTERVENCION DE SIMONE

Verdaderamente la bondad de Adolphe debía ser ilimitada. ¡Había que ver los encargaitos que le daban! Pero él anteponía a todo la buena amistad y en aras de ella se situó en la puerta de la casa de Claud, dispuesto a no dejar entrar a nadie. Pronto tuvo lugar de emplear sus servicios con la llegada de Ivonne. Al verla subir Adolphe se fué hacia la puerta y comenzó a llamar quedamente. Cuando vió que ella estaba junto a él exclamó, como quien habla para sí mismo.

—Nada, que éste se ha ido.

—¿No responden?—preguntó Ivonne.

—¡Oh, simpática Ivonne!—exclamó él, como si hasta entonces no la hubiese visto—. ¿Está usted aquí?

—Sí, vengo a ver a Claud—respondió ella.

—Pues creo que no le será posible. Llevo media hora llamando y nadie me responde. Lo mejor será que nos vayamos a dar una vuelta y que volvamos más tarde.

—Yo no—respondió decidida ella—. Yo le esperaré aquí, hasta que vuelva. Voy a ver si a mí me oye.

Y uniendo la acción a la palabra llamó repetidamente a la puerta.

Claud que creía que se trataba de su amigo salió a abrir y cuál no sería su sorpresa al ver que era Ivonne. Intentó cerrar la puerta, pero fué inútil. Ya aquélla había entrado y le decía:

—¿Por qué no querías abrir?

—Por que tengo aquí a un señor con el que estoy tratando un negocio—respondió él.

—¡No es verdad!—exclamó ella—. Ayer me engañaste diciéndome que no te habías casado, pero estoy segura de que es cierta tu boda!

—¡Calla, por Dios!—exclamó Claud—. No chilles... ¿Qué dirá ese señor?

—Aquí no hay ningún señor—respondió ella—. ¡Dime la verdad! ¡Dime si te has casado!

Claud, harto ya de tantas situaciones falsas, decidido acabar de una vez con ellas, y exclamó:

—¡Pues bien, sí!... ¡Me he casado!... ¡Creo que lo podía hacer cuando quisiese!

—¿Estonces ya no me amas?... ¡Ay, ay, yo me desmayo!—exclamó Ivonne—¡Yo necesito desmayarme!

—¡Ahora no!—exclamó Claud, temiendo que pudiera salir Giselle— Pero Ivonne, sin tener eso en cuenta cayó desmayada en sus brazos, en el preciso momento que salía Giselle, que al verla en brazos del músico se volvió hacia su habitación, exclamando indignada.

—¡Esto ya es demasiado!... ¡No lo toleraré más!

Claud, para seguirla la hechó a los brazos de su

amigo y siguió detrás de ella, dejando a Adolphe solo con Ivonne.

—Bueno, ¿y qué hago ya ahora con esta mujer?—se preguntó Adolphe. Y lo primero que hizo fué dejarla en el suelo. Después tomó uno de esos aparatos que sirven para aspirar el polvo y colocándola sobre él, se la llevó arrastrando a la cocina.

Una vez allí procuró resanimarla. Buscó algo que darle oler y en vista de que no encontraba nada cogió un vaso de agua y ya estaba a punto de arrojárselo cuando ella se levantó rápidamente exclamando.

—¡No sea usted tonto, hombre! ¿No ve que me va a manchar todo el traje?

—¿Pero no estaba usted desmayada?—le preguntó Adolphe.

—Es usted más inocente que un seminarista, hombre—le respondió Ivonne—. ¿Todavía no sabe usted que las mujeres tenemos el don de desmayarnos siempre que nos conviene? ¿Parece mentira que a su edad todavía lo ignore?

—La verdad, querida Ivonne—le respondió él—yo no he tenido todavía ocasión de que ninguna mujer tenga que desmayarse por causa mía... en todo caso he sido yo el que se ha desmayado.

—Bueno—exclamó la joven queriendo poner fin a aquella situación— ¿Dónde está Claud?

—¡Cualquiera sabe dónde está ese ahora!—le contestó.

—¿Quiere usted decir que se ha ido?

—Efectivamente—. Cuando salió su mujer y la vió a usted así, desaparecieron los dos.

—¡Qué sinvergüenzas son los hombres, ¿verdad?—le preguntó ella, mirándolo fijamente.

—La verdad—replicó él—yo todavía no he tenido ocasión de juzgarlo bajo el mismo aspecto que usted, pero sí puedo decirle que con una mujer como la que le ha caído en suerte a Claud es para volverse algo más que sinvergüenza.

—¿También le gusta a usted?—inquirió ella despectivamente—. Está visto que ustedes se enamoran de la primera que pasa.

—Le advierto, Ivonne—siguió diciéndole Adolphe—, que el que está enamorado es él, aunque no me hubiera costado mucho trabajo a mí tampoco el enamorarme.

—¿Y qué es lo que cree usted que debo hacer yo ahora?—preguntó ella, sin saber qué resolución tomar.

—Yo le aconsejaría una cosa, pero temo que no quiera seguir mi proposición.

—Será alguna majadería suya ¿verdad?

—Júzguela usted primero y luego puede calificarla y adoptarla, según le parezca—le respondió Adolphe, que iba cansándose de aquella escena.

—Diga usted... ¿A ver qué es lo que se le ha ocurrido?

—Pues sencillamente, que yo en su lugar me iría tranquilamente y puesto que él parece no interesarse por usted, usted tampoco debe hacerlo por él, el desprecio es el mejor pago que puede darle.

—Lleva usted razón—exclamó ella—. Me iré y no volveré más, a no ser que sea él el que me busque. Pero le prometo que como me busque... me encuentra.

—Eso ya lo sé yo—contestó Adolphe.

—Pero no vaya usted a creer que es que me encuentre, para volver a empezar, sino para decirle todo lo que se merece.

—También lo creo... y en cuanto se lo haya dicho usted...

—¿Se está usted burlando?—exclamó indignada Ivonne, al ver la forma en que le contestaba.

—Nada de eso, preciosa Ivonne—. Estoy convencido de que hará usted cuanto dice y muchos más.

—Bueno, entonces deme usted mi sombrero y la piel... ¿dónde los he dejado?

—Me parece que cuando le dió el «patatún», se los dejó usted en el «hall», pero voy inmediatamente por ellos.

Salió al «hall», recogió todo lo que pedía Ivonne y se lo entregó, diciéndole:

—Creo que es todo lo que usted traía, ¿verdad?

—Sí—respondió ella—. Me marcho, pero dígale usted a Claud, cuando lo vea, todo lo que acabo de decirle.

—Descuide usted que no olvidaré nada. Ya sabe usted que yo he sido siempre un buen amigo suyo y que cuando quiera puedo demostrárselo.

Ivonne se echó a reir y Adolphe le preguntó seriamente.

—¿De qué se ríe?

—De lo que acaba usted de decir.

—No comprendo que eso le cause risa. ¿Acaso...?

—No siga, hombre, no siga—le interrumpió ella—. ¿A dónde va usted a ir con esa cara y con ese tipo?

—¡Pues a donde vaya otro cualquiera!—replicó amoscado Adolphe.

Ella siguió riendo y le respondió:

—¿Pero no comprende usted que no me sirve a mí, ni para un aperitivo? Además, ¿qué méritos tiene usted para interesar a una mujer, como no sea el de ser usted un bendito de Dios?

Adolphe, que había querido echárselas de galanteador comprendió que él nunca podría ser tomado en serio por ninguna mujer y decidió por echar de allí lo antes posible a Ivonne, con el fin de dejar el campo completamente libre a su amiga.

Ella intentó salir hacia donde estaba el «hall» y Adolphe, temiendo que pudiera darse de cara con la esposa de Claud y con él la detuvo diciéndole:

—¿Por qué no sale usted por aquí?

—¿Por dónde?

—Por la puerta de la cocina.

—¿Acaso se cree usted que soy yo una criada?—exclamó Ivonne.

—Ni me lo creo, ni me lo he creído nunca Ivonne—le respondió él—. Pero es conveniente que así lo haga, podría usted encontrarse en la escalera con personas conocidas y que le interesaría no ver.

—Bah,—exclamó ella, encogiéndose de hombros—. Me importa poco todo eso. Yo saldré por la puerta por donde he entrado y en paz.

—Bueno, haga usted lo que quiera—le contestó Adolphe.

Mas antes de que la joven pudiera salir sacó él la cabeza, para cerciorarse de que no había nadie y cuando estuvo convencido de ello, la cogió por una mano y la llevó hasta la puerta. Una vez allí, la sacó fuera a la escalera y le dijo:

—Ya lo sabe usted Ivonne, si alguna vez necesita una persona de confianza acuérdese de mí.

Cuando la vió bajar, cerró la puerta y miró al sofá cariñosamente, a la vez que exclamaba.

—¡Vaya sueño que me voy a echar ahora!... ¡Me parece que esta vez me lo he ganado bien!... Lo que hace falta es que se acaben ya de una vez todos estos lios y me dejen tranquilo... ¡caramba!

Pero el hombre propone y Dios dispone, dice un refrán, y este refrán una vez más tuvo su confirmación en lo que se refiere a eso de poder dormir nuestro simpático amigo Adolphe.

Al entrar en la alcoba Claud se vió sorprendido con la presencia de Francis que había aprovechado la puerta trasera del edificio para entrar en él y que enterado de lo que estaba pasando, le decía a Giselle.

—Ya le dije que Claud no era el hombre que le convenía. El es incapaz de saber apreciar sus muchos méritos, Giselle.

—Mira—eclamó indignado Claud—¡Me vas a hacer el favor de salir inmediatamente de mi casa, si no quieres que te eche de ella a puntapiés!

—Yo también me iré con usted, Francis—exclamó Giselle—. Estoy convencida de que llevaba usted razón en lo que me dijo y acepto casarme con usted, tan pronto como consiga divorciarme de este hombre.

—¡Pero Giselle...!—exclamó a su vez Claud, intentando oponerse al deseo de la joven, creyendo que lo que decía era verdad.

—No tiene usted que decirme nada—le contestó Giselle—. Y agarrándose al brazo de Francis le dijo:—Vámonos.

Este abrió la puerta y la cerró inmediatamente diciendo:

—¡No, por aquí, no! ¡Salgamos por esta otra puerta!

—¿Por qué?—preguntó extrañada la muchacha.

No tuvo tiempo de contestar Francis, porque antes que pudiera hacerlo, ya había aparecido Simone y su madre.

Giselle comprendió entonces el miedo de Francis y acercándose a su amiga la abrazó a la vez que le decía:

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Por los periódicos—respondió Simone—. ¡Si todos los diarios dan cuenta de tu boda con Claud Malle!... ¿Pero estás tú también aquí?—siguió diciendo la joven al ver a su novio—. ¿Cómo no has dicho que venías y hubiéramos ido a esperarte?

—Quería darte una sorpresa, mujer—respondió Gi-

selle, saliendo en ayuda de Francis que se lo agradeció con una mirada.

—Nosotras hemos alquilado una finca en las afueras —intervino la madre de Simone—una finca magnífica y hemos venido para invitarles a ustedes a que pasen allí unos días con nosotros. Hemos invitado además a nuestra amiga Ivonne aprovechando que no está aquí su marido.

—Entonces no iremos—exclamó rápidamente Claud.

—Sí que iremos—respondió Giselle.

—Si es que no quiere venir por Ivonne pretestaremos cualquier excusa para que no vaya—volvió a decir Simone.

—No, nada de excusas—insistió Giselle—quiero yo también conocer a esa Ivonne, que tan amiga vuestra es.

—Pues entonces decidido, ¿verdad?

Claud no pudo contestar, porque por él lo hizo Giselle aceptando el ofrecimiento.

—Y usted también puede venir Adolphe—exclamó la madre de Simone—. Así nos distraerá.

—Claro—exclamó Adolphe—. Ya sabía yo que serviría para algo.

—¿Piensa usted negarse acaso?—le preguntó Simone, sonriendo cariñosamente.

—Yo no puedo negar nada que me pida una mujer—respondió galantemente él.

Y convenido en esta forma, aquella misma tarde se trasladaron todos a la finca de Simone.

Una vez en casa de Simone, Claud intentó por todos

los medios hacer las paces con Giselle, pero ésta, que se había dado cuenta de las intenciones del músico, no le daba lugar a ello, puesto que no se separaba de su amiga Simone, evitando de esta forma quedar a solas con él.

Por otro lado Ivonne, que, como queda dicho, había sido invitada, en cuanto vió a Claud, corrió a él y le dijo:

—¡Se ha portado usted conmigo como el peor de los caballeros!

—Ivonne—le respondió él—, Debe usted olvidar todo lo que ha existido entre nosotros. Tenga presente que ya estoy casado, que estoy enamorada de mi mujer y que la adora más que a nada en la vida.

—¿Y cree usted, acaso, que todo esto puede quedar así? Me debe usted una reparación y se la exigiré.

Claud temía que aquella mujer fuese a hacer alguna de sus muchas locuras, y, ante este temor, procuró suavizar la cosa diciéndole:

—Ivonne, yo te ruego que no hagas nada en esta casa, que no es la tuya, ni la mía. Mi esposa estará poco tiempo aquí. Ha de marchar a París y podremos reanudar nuestras relaciones, sin que nada nos estorbe.

—Esas son palabras tuyas—exclamó ella—. Ya no puedo creerte.

—Tienes razón en dudar de mí en estos momentos—siguió diciéndole Claud—; pero ya verás cómo todo pasa según te lo digo.

Nuevamente la pasión que sentía por el músico ejer-

ció su influencia en el ánimo de Ivonne, y acogiéndose a aquella esperanza le respondió:

—Está bien, te creeré una vez más.

El asedio que durante el día tuvo Ivonne a Claud, despertó aún más los celos de Giselle, y cuando finalmente él pudo hablar con ella a solas, le dijo:

—¿No podrá usted quejarse de mí, verdad? Gracias a la amabilidad de mi amiga y a mi discreción, puede usted estar cerca de su amiguita...

—Yo le ruego, Giselle—exclamó Claud—, que abandone esa indiferencia que demuestra por mí. Le juro que solamente a usted la amo y que he terminado con toda mi vida anterior... Puedo, si quiere...

—Eso me lo ha dicho usted ya infinidad de veces durante las pocas horas que hace que nos conocemos—le respondió Giselle.

—¿Y no lo ha creído usted?

—¿Cómo quiere que lo crea si la realidad me demuestra lo contrario? Además, que por mí puede hacer lo que quiera, lo único que siento es no haber presentado esta mañana la demanda de divorcio, como tenía pensado.

Claud bajó la cabeza, sin saber qué contestar. Comprendía que llevaba razón Giselle al hablar de aquella forma, pero por otro lado su amor protestaba de que no creyese en su sinceridad, hasta que finalmente le dijo:

—¿Entonces, por qué insistió usted tanto en que viniese Ivonne?

—Porque no quería privar a mi amiga de la compañía de ella... ni a usted tampoco.

—Ya sabe usted que yo me opuse a que nos acompañara—replicó Claud—para que viese que no me interesaba esa mujer.

—Tampoco a mí me interesa nada de lo que a ella se refiera. Por mí puede usted seguir haciéndola el amor, que no le estorbaré en nada—terminó diciéndole Giselle.

Fué a responder Claud, mas en aquel momento entró Simone y al ver a los dos esposos les dijo sonriendo:

—¿Estorbo?

—Tú nunca estorbas, querida—le respondió Giselle.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¡Como lleváis tan poco tiempo de casados, me creo que tendréis muchas cosas que deciros a solas...!—respondió maliciosamente la joven.

—Pues te equivocas—exclamó Giselle—. Nosotros ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos... ¿verdad, Claud?

Este no respondió, adivinando lo que Giselle quería decirle. Pero lo que no adivinó fué que toda aquella actitud de la muchacha se debía principalmente a los celos que sentía. Tenía miedo de que aquella mujer, Ivonne, con sus salamerías provocativas, con sus cos-

tantes insinuaciones y su acoso pudiera nuevamente conquistar la voluntad de Claud.

Simone quedó sorprendida ante la contestación de Giselle y más aún por la actitud de Claud, mas se abstuvo de hacer ninguna objeción, hasta que quedó nuevamente a solas con su amiga.

No pasó desapercibida para Simone la actitud de Giselle y Claud, hasta que finalmente le dijo a su amiga:

—Mira, Giselle algo os pasa a vosotros y me lo vas a decir ahora mismo.

—Es verdad—respondió Giselle—. Mi casamiento con Claud ha sido una pura casualidad, una coincidencia que no viene al caso que la sepas ahora y que tal vez algún día te la podré decir. Pero así y todo estoy locamente enamorada de mi marido y siento unos celos locos.

—¿Celos?... ¿De quién?... ¿No será de mí, por supuesto?

—Por supuesto que no—respondió ella—. Tú eres una buena amiga mía y además estás enamorada de Francis... De quien siento celos es de Ivonne.

—¿Y por qué insististe en que viniera?

—Porque quiero poner a prueba a mi marido. El me ha dicho que no ama a nadie más que a mí, pero yo sospecho que todavía tiene algún lío de los muchos de soltero.

—¿Y crees que es Ivonne uno de ellos?—preguntó Simone.

—Estoy segura. ¿A qué fué a buscarlo a su casa?... ¿por qué se desmayó cuando supo que se había casado?

—Verdaderamente no puede ser de otro modo de como tú lo piensas. Pero te aconsejo que no hagas nada, hasta que estés segura de ello.

—Seguiré tu consejo—terminó diciendo ella—. Vigilaré y como sea verdad lo que creo, pediré el divorcio, o haré algo para que aborrezca a las mujeres.

Simone se echó a reir y le respondió:

—¿También a ti?

—No seas tonta, mujer—rectificó Giselle—. He querido decir a todas las mujeres, menos a mí.

Aquella noche, después de cenar se entabló una partida de billar. Simone y Giselle no tomaron parte en ella y mientras jugaban, Ivonne que no había dejado en todo el día de insinuarse a Claud, aplaudía sin ton ni son cada jugada de éste, diciéndole al mismo tiempo.

—¡Es usted un hombre admirable, Claud!... ¡Qué bien juega usted!... ¿Quiere usted ser siempre mi compañero?

—¿Estás viendo?—le dijo Giselle a su amiga—. No lo deja quieto ni un segundo.

—Sí—respondió Simone—pero él parece no hacerle mucho caso.

—De mo me convenceré esta misma noche.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó alarmada su amiga.

—Se me ha ocurrido una idea y la voy a poner en práctica.

Entró al despacho, se sentó a la mesa y escribió una carta. Cuando la hubo terminado se la dió a su amiga, quien después de leerla, le dijo:

Verdaderamente el ardid es ingenioso.

Salieron otra vez al salón del billar en el mismo momento en que la madre de Simone abandonaba el taco y decía:

—Ya estoy cansada de billar. Toquemos un poco de música.

—Sí, es mucho mejor—exclamó Ivonne—. De esa forma podremos bailar un rato.

—¿Quiere usted ver que es lo que trasmite la radio a esta hora?—le dijo la madre de Simone a Adolphe.

Este leyó el anuncio de la estación y respondió:

—Van a tocar una danza española.

—Admirable—exclamó ella—. Ivonne nos podrá distraer un rato bailando.

Esta que había visto llegar a Giselle, se negó a bailar diciendo:

—Será mucho mejor que lo haga Giselle. Creo que baila admirablemente Giselle notó en las palabras de Ivonne cierta ironía, como si dudase de que ella supiese bailar y exclamó:

—No tengo ningún inconveniente. Después de todo no voy a hacer más que lo que sé.

Quedó conectada la radio y minutos después Giselle ejecutaba aquella danza primorosamente. Su cuerpo erguido, sus labios entreabiertos y con los brazos en alto, trenzaba con sus pies diminutos los pasos maravillosos de aquella danza, que tenía el sabor de la tierra española.

Todos miraban entusiasmados aquella forma extraordinaria de bailar y cuando hubo terminado aplaudieron frenéticamente, pidiendo que la repitiera.

—No—respondió ella—. Por esta noche ya está bien... ¿No dirán que me he hecho rogar?

—Pues ya que no quiere bailar más—propuso Adolphe—yo creo que lo mejor es que nos vayamos a dormir... ¿Qué les parece?

—Aceptado—exclamó la madre de Ivonne.

Subieron al piso superior y ella misma fué designando la habitación de cada uno y despidiéndose de todos.

Las habitaciones de Giselle y de Claud eran la una frente la otra y cuando ella creyó que todos se habían encerrado, salió de la suya y echó por debajo de la puerta de su marido la carta que había escrito momentos antes, en unión de Simone.

Claud recogió la carta y leyó su contenido que decía:

—Claud, amor mío. No puedo resistir por más tiempo tu desprecio. Si todavía queda en ti un poco del

fuego de la pasión que me tuviste, deja la puerta entreabierta esta noche, que iré a verte tu

IVONNE.»

—¡Pero es que yo no me voy a ver libre de esta mujer!—exclamó interiormente Claud. Pues lo que es esta noche no me encuentra.

Salió de su habitación y se dirigió a la de Adolphe, que ya se había acostado y dormía profundamente.

—Adolphe—le dijo zarandeándolo para que se despertara.

—¿Qué pasa?—respondió el otro malhumorado.

—Que te has equivocado de habitación, hombre—siguió diciéndole Claud—. ¿No ves que es mi cuarto éste?

—Bueno pues quédate en el mío y en paz—respondió Adolphe queriendo dar por terminada la conversación para que lo dejara dormir.

—¡De ningún modo!—insistió Claud—. Tienes que irte a la tuya.

Y sacándolo casi a viva fuerza se lo llevó a la habitación que primeramente le había sido destinada y lo echó sobre la cama. Adolphe se quedó inmediatamente dormido y Claud se quedó en la habitación de su amigo.

Cerca de las doce, Giselle abrió la puerta de su alcoba y miró hacia la de su marido. La vió abierta y sospechó que esperaba a Ivonne. Inmediatamente se echó un velo por la cara, para que él no la pudiera

reconocer y entró en la alcoba, donde Claud había acostado a Adolphe. Sin darle tiempo para nada se echó sobre y comenzó a besarlo y a abrazarlo.

El pobre Adolphe al verse despertado de aquella forma intentó zafarse del abrazo de aquella desconocida, mas Giselle no le soltaba y seguía diciéndole mimosamente:

—¿Quiéreme mucho, cariño mío!... ¿Por qué me rehusas, después de haber dejado la puerta abierta?

—¡Pues la cierro ahora mismo!—gritó Adolphe.

Entonces se dió cuenta Giselle de su equivocación y empezó a gritar pidiendo auxilio y para librarse de él se metió en el cuarto de al lado, precisamente donde estaba Francis, que vió el cielo abierto al ver entrar a aquella hora a Giselle.

Corrió a ella y le dijo, intentando abrazarla.

—¿Por fin se ha decidido usted abandonar a ese hombre?

—¡Suélteme usted!—exclamó Giselle—. ¡Suélteme o grito!

—¿Y para eso ha venido usted a mi habitación?—preguntó extrañado él.

—Yo no he venido a su habitación. Esto ha sido una equivocación.

—Una equivocación que, como comprenderá, yo no voy a despreciar.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?—preguntó extrañada Giselle, logrando zafarse de él y corriendo por el pasillo. Francis salió tras de ella, pero en aquel ins-

tante apareció su novia atraída por los gritos que había dado Giselle.

—¿Qué ocurre?—preguntó aquélla?

—No te lo puedo decir, querida—respondió Francis—. Sólo he visto a Giselle corriendo de una habitación a otra.

También Claud se había levantado, al oír las voces de su esposa, y empuñando un revólver salió en su auxilio.

En su huida Giselle iba de una habitación a otra, hasta que la casualidad hizo que se encerrara otra vez en la habitación de Francis, y con éste.

—¿Dónde está Giselle?—preguntó Claud, al ver a Adolphe.

Este, muerto de miedo, le respondió:

—Me parece que en la habitación de Francis.

—¿En la habitación de Francis?—preguntó indignado Claud—. ¡Yo le demostraré a ese que conmigo no se juega!

Se lanzó a la puerta de la alcoba de Francis y gritó:

—¡Abre o echo la puerta abajo y te abraso a tiros.

—¡Hombre que yo no tengo ninguna culpa!—respondió desde dentro Francis—. Te juro que soy inocente!

—¡Abre te digo!—volvió a gritar otra vez Claud.

—¡Y este me mata!—exclamó Francis dirigiéndose a Giselle.

—No se asuste, hombre—le respondió ella—. Yo le libraré.

—¡Usted no conoce a Claud todavía!—insistió en sus temores Francis.

—Pues yo se lo explicaré todo—volvió a decirle Giselle.

Ya iban a abrir cuando apareció en la habitación que antes había ocupado Adolphe, Ivonne. Andaba automáticamente, como si una fuerza superior a ella la guiase y sin fijarse en nadie se dirigió hasta la habitación de Francis que había sido abierta por Giselle.

—¡Es sonámbula!—dijo Giselle, al verla.

—Pues no despertarla—aconsejó Simone—. Puede serle perjudicial.

—¿Y dónde la acostamos?—preguntó Francis.

—Aquí, en esta cama, en la de Adolphe—propuso Claud.

Entre los dos la cogieron y la depositaron en el lecho de Adolphe. Una vez hecho esto Simone se llevó a su novio para que la acompañase hasta la puerta de su alcoba y Claud hizo lo mismo con Giselle, a quien le dijo:

—¿Por qué estaba usted en la habitación de Francis?

—Para enterarme de si verdaderamente me amaba usted—le respondió Giselle.

—¿Y tenía necesidad de preguntárselo a él a las doce de la noche?

—No fui a su cuarto... fui al suyo, al de usted.

—¿Al mío?—preguntó extrañado Claud.

—Su cuarto, no era el que ocupaba Adolphe?

—Sí, pero cambié con él porque allí no me encontraba a gusto.

—¿Y por qué no se encontraba a gusto?—preguntó maliciosamente ella.

—Pues... porque estaba muy junto al de Francis—respondió Claud, eludiendo la verdadera razón.

—No ha sido por eso—le dijo ella sonriendo, segura ya de que él la amaba—. Yo sé por qué lo hizo.

—¿Que usted lo sabe?—preguntó él.

—Sí, usted recibió una carta de Ivonne citándolo para las doce. Le decía que dejara abierta la puerta y usted para evitar esta entrevista se la endosó a su amigo. ¿No es verdad?

—Verdaderamente así es ¿Cómo lo sabe usted?

—Porque la carta no la escribió ella, sino yo—respondió Giselle.

—¿Que la escribió usted?... ¿Con qué objeto?

—Para saber si era verdad que me amaba—siguió diciéndole Giselle.

—¿Y qué ha sacado usted en consecuencia?—preguntó Claud.

Ella se acercó a él y reclinando su adorada cabecita sobre su pecho, murmuró quedamente.

—He sabido que te quiero con toda mi alma, Claud.

Claud, no pudo contenerse, la estrechó fuertemente contra su pecho y sus bocas se unieron en un beso de dicha infinita.

Pero no eran ellos solos los que en aquel momento saboreaban la dicha de su amor, sino que en el pasillo,

Francis y Simone se juraban también quererse para siempre y sellaban su promesa con otro beso, quizás el primero que Francis le daba con todo su corazón.

El único que había salido perdiendo con todo aquel lío había sido Adolphe, en cuya cama habían acostado a Ivonne. Pero él era capaz de hacer todo lo que fuera preciso por una dama, todo, completamente todo... menos quedarse sin dormir.

Sin preocuparle la altura de la cama la fué empujando suavemente hacia el borde la misma, hasta que no tuvo más que hacer un pequeño esfuerzo para dejarla caer al suelo y quedar él solo hecho dueño absoluto del lecho.

Y en el silencio de aquella noche, como el eco lejano de unos corazones que saborearan la dicha de amar, la bella canción de «Su noche de bodas», pareció adormecer aquellos seres que tanto se amaban.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LA MAS AMENA - - LA MAS SELECTA - - ARTISTICAS ILUSTRACIONES

96 páginas de texto

PORTADA A TODO COLOR

EL ARCA DE NOE	George O'Brien
LA MUJER DISPUTADA	Norma Talmadge
TRAFALGAR	Corine Griffith
LA MASCARA DE HIERRO 2.ª ed.)	D. Fairbanks
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA	Brigitte Helm
EL LOCO CANTOR	Al Jolson
EL DESFILE DEL AMOR (6.ª ed.)	Maurice Chevalier
LOS PECADOS DE LOS PADRES	Emil Jannings
EL AMOR Y EL DIABLO	María Corda
LA INTRUSA	G. Swanson
RIO RITA	Bebé Daniels
RASPUTIN	W. Gaidaroff
EL CAPITAN DE LA GUARDIA	Laura La Plante
¡ME PERTENECES!	F. Bertini
LA FIERECILLA DOMADA	Mary-Douglas
EL GENERAL CRACK	John Barrymore
EL REY VAGABUNDO	J. Mac Donald-D. Kings
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
NOCHES DE NUEVA YORK	Norma Talmadge
LA MUJER EN LA LUNA	Gerda Maurus
EL ZEPPELIN PERDIDO	Conway Tearle
LAS LUCES DE LA CIUDAD	Charlot

PRECIO DE LOS TOMOS: **UNA PESETA**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films, Apartado 707.-Barcelona

Tarjetas postales al Bromuro y esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

Serie A	Serie B	Serie C
Clara Bow	Tom Mix	Greta Garbo
Sue Carol	Tom Tyler	Gloria Swanson
Dolores del Rio	Charles Jones	Lillian Roth
Janet Gaynor	Hoot Gibson	Vilma Banky
Marta Casajuana	Fred Thomson	Mary-Douglas
Ramón Novarro	Ken Bull	Rodolfo Valentino
Charles Farrell	Buffalo Bill	Hila Archer
George O'Brien	Fred Humes	Adolfo Menjou
John Gilbert	Chiquilín	Richard Dix
Charles Morton	Chispita	Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. 2'50 pesetas colección

EL DESFILE DEL AMOR . M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks
BEN-HUR . . . . . Ramón Novarro
LOS CUATRO DIABLOS . . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo remitiendo su importe en sellos de correo, y sirva cheques para el certificado.

FilmoTeca
de Catalunya
Biblioteca

UNA peseta